

LA INVITADA DE LA LUZ

ASPECTOS HISTÓRICOS, SIMBÓLICOS Y ESTÉTICOS

DE LA BANDERA CUBANA

LA INVITADA DE LA LUZ

**ASPECTOS HISTÓRICOS, SIMBÓLICOS Y
ESTÉTICOS DE LA BANDERA CUBANA**

Jorge R. Bermúdez

 **EDICIONES
BACHILLER**

Edición y corrección: *Carlos L. Zamora*
Diseño interior y maquetación: *Elda González Mesa*
Diseño de cubierta: Sergio Romero
Cubierta e ilustraciones: *Renier Quer*

© Jorge R. Bermúdez
© Sobre la presente edición BIBLIOTECA NACIONAL
JOSÉ MARTÍ, Ediciones Bachiller, 2007

ISBN 978-959-7137-37-5

BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ
Ave. de Independencia y 20 de Mayo,
Plaza de la Revolución, Apartado Postal 6882.
Ciudad de La Habana, Cuba.

<http://www.bnjm.cu>

Bermúdez, Jorge R. *La Invitada de la luz: aspectos históricos, simbólicos y estéticos de la bandera cubana* / Jorge R. Bermúdez. – La Habana : Biblioteca Nacional José Martí, Eds. Bachiller, 2007.– 94p.

BANDERAS - HISTORIA
EMBLEMAS NACIONALES
BANDERAS - CUBA

*Y pongamos alrededor de la estrella, en
la bandera nueva, esta fórmula del
amor triunfante: “Con todos y para el
bien de todos”.*

*José Martí. Discurso pronunciado en el
Liceo de Tampa, el 26 de noviembre de
1891.*

*Como eras la novia de tanto valiente,
la imagen excelsa de la idealidad,
por ti se moría peleando de frente...*

Carilda Oliver Labra. Canto a la bandera

ÍNDICE

| | |
|-------------------------------|----|
| Introducción | 11 |
| I | 11 |
| II | 16 |
| La bandera de ejemplar diseño | 27 |
| I | 27 |
| II | 29 |
| III | 38 |
| IV | 43 |
| V | 53 |
| VI | 65 |
| VII | 71 |
| VIII | 83 |
| IX | 86 |
| Bibliografía | 93 |

INTRODUCCIÓN

I

Desde la más remota antigüedad el hombre se relacionó con sus semejantes. Esta necesidad se hizo más imperiosa en la medida que se materializaban y desarrollaban los procesos de producción y consumo. Con la revolución neolítica, la ocupación de territorios más ricos en cuanto a la feracidad de la tierra o las reservas de agua que poseían, trajo consigo las primeras desigualdades entre los miembros de un mismo grupo social o entre grupos sociales –afines o no– que ocupaban una región determinada y, por consiguiente, los litigios y disputas que darían lugar a los inevitables enfrentamientos bélicos. En uno y otro caso, nació la necesidad de identificarse, es decir, de diferenciarse. Y con ella los primeros motivos y elementos que, tomados de las particularidades naturales de la región o lugar que ocupaban y defendían, devinieron con el tiempo símbolos generadores de una más amplia y elaborada noción de identidad.

Del mundo animal y vegetal se tomaron los referentes primeros que sirvieron de identificador a tales grupos, en los que no faltaron animales fabulosos y objetos muy particulares. Una breve relación de símbolos de algunas de las culturas más antiguas de la humanidad, nos informa que la paloma se relacionaba con los babilonios, el buey Apis con los egipcios, el dragón con los chinos, la cimitarra con los partos y el gallo con los galos. Para los romanos el águila, el lobo, el minotauro, el caballo y el jabalí. Mario suprimió los cuatro últimos, y desde entonces fue el águila

la única insignia de la república romana. Bizancio la rediseñó bicéfala, al asumir la continuidad del legado político y cultural de Roma en la Europa oriental, con lo cual connotó la existencia de dos capitales y dos imperios. Con este diseño la retomó el naciente imperio ruso. Mientras que los Estados Unidos de América y Napoleón Bonaparte la asumían en su versión primera, la de Roma, tal y como lo reclamaba la nueva estética neoclásica en correspondencia con el pujante orden burgués.

También los pueblos precolombinos hicieron uso de estandartes y banderas. El estandarte de los aztecas, por ejemplo, se ha comparado con el *signum* de los romanos y parece haber sido muy vistoso por sus adornos de oro y plumas policromas. El emblema azteca en la época de Moctezuma Xocoyotzin era un águila con un tigre entre las garras. El de Hernán Cortés, según el *Códice Florentino*, portaba la efigie de María Santísima, coronada de oro y rodeada de doce estrellas de igual color. Bernal Díaz del Castillo describió en sus crónicas cómo los tlaxcaltecas—aliados de los españoles en la conquista del imperio azteca—avanzaban «con sus banderas tendidas». En uno y otro ejército indígena, el abanderado llevaba el palo o asta del estandarte fuertemente atado a la espalda, quedando sus manos libres para el combate; igual ubicación se observa en los ejércitos del Japón medieval, mientras que chinos y mongoles portaban sus banderas de la forma tradicional. En Chichén Itzá, ciudad maya del período postclásico, se han encontrado esculturas de piedra que tenían la función de portaestandartes.

Los soportes sobre los que se grabaron o pintaron tales insignias, evolucionaron al igual que los propios símbolos. Se dice que la camisa de Nemrod sirvió de bandera en la guerra contra sus hermanos. De haber sido así, puede señalarse esta prenda de vestir como el precedente más antiguo que registra la historia

de la bandera de tela. Sin embargo, más arcaico fue clavar en una pica la cabeza del caballo, el buey o el jabalí. No creemos que haya habido otro antecedente más lejano de la bandera que estos rudimentarios portaestandartes, en los cuales el soporte (palo, pica, lanza) cualificó como referente del símbolo no su valor connotativo, sino el denotativo o real de su imagen. Pero hasta que tales símbolos no se grabaron sobre piedra o metal (escudos, yelmos), es de inferir que soportes menos evolucionados que los textiles, pudieron haber sido igual de precederos que la madera, la piel animal o la propia del guerrero.

En sociedades donde el individuo no era más que parte de una masa anónima, se hizo necesario darle un rostro, una identidad común, que lo identificara con la casa o familia real a la cual respondía como siervo o soldado, según el caso. Esta necesidad nació de otra propiamente militar. Entonces –como ahora– la búsqueda de energía se convirtió en causa primera de casi todas las guerras. Sólo que el petróleo de estas épocas fue el hombre... es decir, el esclavo, motor vivo o «instrumento parlante», según la denominación romana, gestor de toda riqueza material hasta la Revolución industrial inglesa de fines del siglo xviii. La uniformidad y anulación de la persona en aras de una mayor organización y disciplina tanto en el combate como en el trabajo, contribuyó a convertirla en un número. En la guerra como en la paz, la voz ordenaba y la mano ejecutaba. El verbo, símbolo de la Creación y, por extensión, de Dios, se identificó desde entonces con las más importantes manifestaciones del poder.

Con la propia evolución de la sociedad, los símbolos, más o menos abstractos o figurativos, según la estética dominante en el grupo, comunidad o Estado, alcanzaron una mayor síntesis y fuerza expresiva. Cualidades estas últimas que ya se dieron en relación directa con el desarrollo tecnológico y cultural de di-

La invitada de la luz

chas sociedades, y que vino a complementar soportes más manuales y con un grado de visibilidad mayor en correspondencia con las funciones que le cabían asumir en tanto portadores de tales símbolos, por ejemplo, una batalla o una coronación, o como elemento de señalización e identificación de la tumba de un rey, un templo o un castillo. De esta suerte, nacieron estandartes y portaestandartes más evolucionados, cuya variedad de diseños acorde con tales funciones, terminaron por dar lugar a los blasones y banderas que tanta presencia tendrían en la heráldica de la Edad Media europea. En principio, fijos a una pared o transportados a pie, terminaron por serlo también a caballo. Este medio de transportación animal, como es notorio, fue de capital importancia para el desarrollo de la humanidad. Antes de la invención de la máquina de vapor a fines del siglo xviii, la mayor velocidad alcanzada por el hombre fue la del caballo. Tal grado de movilidad debió de incidir en una síntesis mayor del símbolo y los colores, así como en el perfeccionamiento y generalización del soporte textil, menos pesado, de mayor dimensión y más factible de adecuarse a la movilidad del jinete y a las particularidades de la intemperie (lluvia, viento, nieve, etcétera). En cuanto a la transportación del paño o tela, es de suponer que fuera fijado a determinadas armas, como picas y lanzas, dándose con tal solución una prefiguración del asta, tercer y último elemento que terminará por caracterizar a la bandera moderna.

Con la caída del imperio romano y la entronización de la Iglesia como principal poder unificador de la fragmentación política y económica que caracterizó al modo de producción feudal, la cruz devino uno de los símbolos más socorridos de gallardetes, estandartes, blasones y banderas. Constantino remató su lábaro con una cruz. Mientras que su gallardete, de un pie cuadrado, aproximadamente, llevaba bordado el monograma de Cristo. El vocativo bandera tuvo su origen entonces de la palabra germana

bandra o signo, aplicada en un principio a la insignia militar y generalizada después a toda pieza de tela. Este proceso obró igual en el Oriente. La fragmentación feudal fomentó una retórica heráldica variada que, por una parte, contribuyó a legitimar la nobleza o linaje de las clases dominantes y, por otra, a generalizar tales atributos identitarios desde el feudo hasta la plaza, pasando por el campamento militar y las batallas entre estados y religiones. Cada señor feudal, orden militar, grupo y lugar, solía tener una insignia o bandera. En España se le dio en un principio el nombre de *pendón*, tal y como lo recoge Alfonso, el Sabio, en la segunda *Partida* (título xii, ley xii), donde consigna que «las mayores señales e las mas conocientes son las señas e pendones».¹ Hacia fines de la Edad Media, las Cruzadas, en nombre del mayor poder centralizador de la época, la Iglesia, generalizaron la Cruz como símbolo del cristianismo por toda Europa y el Medio Oriente. Mientras los árabes hacían otro tanto con la Media Luna en los territorios que ocupaban y controlaban. También la Iglesia asumió por entonces la práctica de bendecir las banderas que llevarían al combate los cruzados, tal y como los romanos lo habían hecho en su tiempo, prestándole juramento en presencia de los augures. Esta práctica devino con el tiempo consecuencia natural del alto prestigio que luego tendría la bandera en el simbolismo patrio, así como la importancia que se le dio a su conquista y pérdida durante las batallas, sobreviniendo el primero de los acontecimientos expresión de gloria; el segundo, de vergüenza.

¹ *Diccionario Hispano-Americano*, Montaner y Simón Editores, Barcelona, t. 3, p. 150.

II

La cruz devino el símbolo por antonomasia de la Edad Media europea y, por consiguiente, referente de codificación visual de una de las líneas de diseño relacionada con la función bandera en la modernidad. Entre las más representativas destacan la cruz latina (un brazo largo y tres cortos), la diagonal, la griega (cuatro brazos iguales) y la que resulta de la conjunción de la latina y la diagonal. Las banderas que hacen uso de la cruz latina se caracterizan por dividir el rectángulo en cuatro recuadros o cantones (Países Escandinavos, República Dominicana), las que la presentan en diagonal en cuatro triángulos (Escocia, Jamaica), las que portan la cruz griega la centran en el rectángulo (Cruz Roja), en el cuadrado (Suiza), o en el recuadro superior izquierdo (Grecia), y las que combinan la cruz en diagonal con la latina, dividen el rectángulo en ocho triángulos (Gran Bretaña, País Vasco).

También el diseño de la cruz se avino con diferentes formatos de bandera. En el medioevo se usó el cuadrado y el triangular, antecedentes del rectangular, que terminaría, este último por imponerse en razón de su mayor visibilidad, tal y como lo reclamó el desarrollo naviero de las potencias y los combates navales que libraron entre sí por el predominio marítimo. Las banderas que hicieron uso del formato cuadrado, generalmente, iban fijas a un asta que se quebraba en ángulo recto al tamaño de su lado superior; las de formato triangular, en cambio, estaban concebidas como para que al ondear la tela, dejara ver la dirección del vien-

to. En esta modalidad son las más representativas las que terminan en una y dos puntas, diseños que todavía conservan los gallardetes de las universidades y el pabellón danés, respectivamente.

La evolución última del diseño de la cruz puede observarse en la bandera oficial del Reino Unido (Union Jack). Esta tuvo la virtud de integrar de manera óptima tres banderas en una; la inglesa (Cruz de San Jorge: en rojo sobre campo blanco), la escocesa (Cruz de San Andrés: en blanco y en diagonal sobre campo azul) y la irlandesa (Cruz de San Patricio: en rojo y en diagonal sobre campo blanco). El resultado: una bandera bien equilibrada, de simetría axial, atractiva y de fácil retención visual, cuya coherencia formal y conceptual está en relación directa con las tres cruces que la conforman. A lo que habría que agregar el refinamiento óptico que presenta con respecto a la cruz roja en diagonal de San Patricio –sobrepuesta en la blanca y también en diagonal de San Andrés–, cuyos dos brazos parecen cruzarse justo por debajo de la de San Jorge –la única latina y de mayor grosor–, cuando en realidad no coinciden. La cruz de San Patricio fue la última en insertarse en la británica, lo que ocurrió en 1801.

La otra gran línea de diseño se relacionó con la concepción de la bandera tricolor (tres franjas horizontales o verticales, o la combinación de ambas) que, en la mayoría de los casos, asumió la representatividad del pensamiento racionalista y laico de la modernidad y, por consiguiente, de los ideales republicanos. De las tricolores europeas, las primeras y más logradas fueron la holandesa y la francesa. Ambas hicieron uso de los colores rojo, blanco y azul, con la única variante de las franjas: horizontales en la primera y verticales en la segunda.² Tal y como la cruz fue el elemento dominante en el sistema visual correspondiente a las diferentes formas que asumió la bandera durante el medioevo, la estrella de cinco o más puntas lo fue en la nueva generación de



Inglatera (Cruz de San Jorge)



Escocia (Cruz de San Andrés)



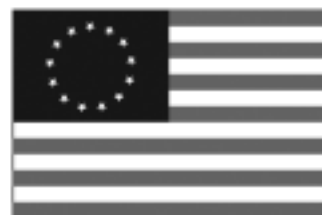
Irlanda (Cruz de San Patricio)



Reino Unido (Unión Jack)



Ejército Continental de las Trece Colonias (1776)



Estados Unidos de América



banderas tricolores creadas con el surgimiento de las primeras repúblicas del Nuevo Mundo. Si aquella se había levantado contra los enemigos de la religión cristiana, ésta se levantaría contra los enemigos de la patria.

En los estandartes y pabellones representativos de los estados feudales y monárquicos europeos, los cuatro componentes esenciales de la bandera moderna ya estaban concebidos, a saber, la imagen de identidad (cruz, media luna, flor de lis, águila, águila bicéfala, león, etcétera), el formato (cuadrado, triangular, rectangular), el soporte (lienzo, algodón, seda, tafetán, etcétera) y el asta (soporte del soporte). Sólo faltaba el nuevo contenido: el hecho político y social que cambiara las ya retrógradas estructuras socioeconómicas de tales estados. Y éste llegó con las dos revoluciones que iniciarían la modernidad plena: la norte americana y la francesa.

Antes de entrar en el análisis de las banderas de estas dos últimas naciones, es preciso detenernos en la británica, matriz de la primera. La ya comentada solución de diseño que se le dio a la británica, resultó igual de óptima en su aplicación a las banderas que identificarían los territorios de su vasto imperio colonial, algunas de las cuales, como las de Australia y Nueva Zelanda, se convirtieron –sin variación alguna– en sus pabellones nacionales desde el pasado siglo. Sin embargo, la inserción del pabellón británico en el de las Trece Colonias de Norteamérica, no tuvo igual

² A fines de la década del 80 del pasado siglo, Comunicología Aplicada de México analizó la pertinencia de los colores de las banderas de los 167 países componentes de la ONU, llegándose al siguiente resultado, por el índice de frecuencias: rojo, en 121 naciones; blanco, en 78 naciones y azul, en 72. Como se ve, el llamado *tricolor* sobre la base del rojo, blanco y azul, ha sido una constante en los lábaros patrios desde entonces a la fecha. Para mayor información: Eulalio Ferrer. "El color en sus lenguajes", en *Imago*, Ediciones Cidgraf, La Habana, no. 0, 1993, p. 10.

coherencia en lo formal. En 1776 la convención separatista norteamericana de Filadelfia decreta la independencia de las Trece Colonias. Al año siguiente tiene lugar el rediseño del pabellón de la ex colonia, y con él el nacimiento de una nueva bandera, la llamada «de las barras y las estrellas», primera realmente original del gran movimiento nacionalista que dominaría la próxima centuria. También tricolor (rojo, blanco y azul), dos veces asumió el trece en correspondencia con las colonias originales: en el número total de franjas (siete rojas y seis blancas) que mantiene de la anterior, y en el número de estrellas blancas en campo azul, tal y como lo establecía la heráldica, las que ocuparon el rectángulo superior izquierdo antes reservado para la británica.³ Su forma definitiva, por supuesto, no se alcanzó de un día para otro. Tampoco la geografía de la nueva nación. El número de estrellas de la «constelación» creció en la misma medida que aumentó el número de estados que pasaban a formar parte del país, bien por la compra de tierras a potencias europeas, o bien por la anexión violenta de los territorios que pertenecían a los pueblos indígenas.

En 1783, en París, las naciones en guerra acordaron la paz y reconocieron la independencia de las Colonias Unidas, ahora con el nombre de Estados Unidos de América. El endeudamiento de la monarquía francesa como consecuencia de su política de apoyo a los independentistas norteamericanos, su desprecio hacia el hambreado pueblo y la negativa a aceptar las demandas del llamado Tercer Estado, generó una crisis social y

³ La bandera británica (Union Jack) en el período que nos ocupa, sólo presentaba la cruz de San Jorge (Inglaterra) y la de San Andrés (Escocia). La de San Patricio, en representación de Irlanda, pasaría a formar parte de la misma en 1801, como ya se dijo. La bandera de la Irlanda republicana fue concebida por el movimiento independentista en 1848 y oficialmente adoptada en 1922, y su diseño presenta tres franjas verticales verde, blanca y naranja. El verde representa el Eire, el naranja Irlanda del Norte y el blanco, la paz y el entendimiento entre las dos regiones. (*N. del A.*)

política que sólo culminaría con la revolución. El 14 de julio de 1789 el pueblo de París se tira a la calle, y asalta y toma La Bastilla, símbolo de la opresión monárquica. Su guía en el osado asalto no es un caudillo popular y romántico, sino la nueva bandera que enarbola: el rojo y el azul de París, y el blanco de los Borbones. (Todavía nadie tiene en mente llevar a la guillotina al rey, ni siquiera Maximiliano Robespierre, quien se manifiesta por entonces opuesto a la pena de muerte.) Sin embargo, la avalancha revolucionaria, que está por cambiarlo todo, pronto le dará al nuevo símbolo un contenido más apropiado con los tiempos que corren, al asociar los tres colores de la referida bandera con la tríada ideal de su proyecto político y social: Libertad, Igualdad, Fraternidad. El blanco expresará la pureza del ideario emancipador de los revolucionarios franceses; el azul, la altura y altruismo de ese ideal, y el rojo, la sangre derramada por la conquista de la libertad. Con igual o parecido simbolismo se asumirán tales colores por las banderas de las repúblicas que nacerán al mundo en el siguiente siglo, notoriamente, las de Hispanoamérica. En consecuencia, el segundo estado moderno en proclamarse libre de cualquier traba e influencia feudal, asume así su primer símbolo nacional: el tricolor de la bandera. Luego, vendrá el himno nacional: La Marsellesa. En principio, un himno regional, que entonan las tropas de marseleses, destinados a reforzar la defensa de las fronteras de la República de la contrarrevolución monárquica europea. Por último, el escudo: el gorro frigio entre dos ramas de laurel. El primero, símbolo del pueblo del Asia Menor que luchó con heroísmo por su libertad en el pasado; el otro, de gloria entre los griegos.

De hecho, bien trillado es decir, que la Revolución francesa influyó con su pensamiento y práctica en la Revolución haitiana y en la de las colonias españolas de América. Pero, no tanto, cuando nos referimos a los tres símbolos patrios que gestó: el himno,

el escudo y la bandera. La enseña nacional haitiana se despojó del color blanco en consonancia con su condición de «primera república negra». Sin embargo, fue tan ilustre el referente en que se inspiró, que no incluyó el color negro, y sí un recuadro blanco central donde se ubicó el escudo. En cuanto a este último símbolo, tampoco obvió el gorro frigio, que aparece colocado en la punta de una palmera.

El venezolano Francisco de Miranda, precursor de la independencia de América, fue también el precursor de nuestros militares diseñadores de banderas. Protagonista de primera línea de la Revolución francesa (es el único latinoamericano cuyo nombre está inscrito en el Arco de Triunfo de la Plaza de la Estrella, en París), de manera indirecta, se inspiró en su tricolor, para concebir el pabellón de la Venezuela independiente, en 1806. Y decimos, de manera indirecta, porque el diseño mirandino fue algo más... De la rusa –monarquía que lo acogió y protegió durante los años de su peregrinaje patriótico por Europa– tomó la horizontalidad de las franjas y la disposición de los colores azul y rojo, no así el blanco de su franja superior, que lo substituyó por el amarillo, en clara alusión a la riqueza metalífera del continente americano, presente ya en su proyecto independentista como una sola nación con el nombre de Colombia.⁴ Con posterioridad, en su extremo izquierdo, se ubicó el escudo de la nación. Mientras que, en la franja central azul, dispuestas a manera de arco, se ubicarían las siete estrellas blancas de cinco puntas (en la actualidad ocho), tal y como lo requerían las leyes de la heráldica y lo había refrendado –a su modo– la no menos influ-

⁴ La tricolor rusa (blanco, azul y rojo) de franjas horizontales, fue concebida por Pedro el Grande, que se inspiró en la de Holanda, país donde residió en su juventud como aprendiz de constructor de barcos. Convertido en zar, su proceso de "occidentalización" de la antigua Rus, comprendió también el de su bandera, la que, para no ser una copia al calco de la holandesa, cambió la disposición de los colores, tal y como los ostenta hoy día. (*N. del A.*)

yente bandera norteamericana. Este diseño fue también el de las enseñas nacionales de Colombia y Ecuador, en correspondencia con el legado del Congreso de Angostura (1819), por el cual el virreinato de Nueva Granada, Quito y la Capitanía General de Venezuela constituyeron un solo Estado hasta 1830, con el nombre de República de la Gran Colombia. Sin embargo, es de destacar una diferencia con respecto a la venezolana: las banderas de Colombia y Ecuador tienen la franja amarilla mayor que las dos restantes, y portan el escudo al centro, entre ésta y la azul. Las demás repúblicas hispanoamericanas, con alguna que otra variable en cuanto a la colocación de los escudos y símbolos (sol, estrella, cóndor, águila, etcétera), el ancho y disposición de las franjas, y el uso de los colores, tanto los ya clásicos del republicanismo como los de reciente inclusión (amarillo, verde, azul celeste), siguieron los patrones de diseños planteados por las dos banderas nacionales antes comentadas: la francesa y la venezolana.

Un proceso más atípico fue el que llevó al actual pabellón de México. Al dar el Grito de Dolores, el cura Miguel Hidalgo tomó de la sacristía del santuario de Atotonilco el Grande, en Guanajuato, un lienzo con la virgen de Guadalupe, lo fijó en un asta con dos travesaños y lo convirtió en bandera del ejército insurgente. Aunque parezca paradójico —¿qué hecho histórico no lo es?—, la religión católica fue otro de los elementos que, en determinadas regiones de América, contribuyó al ideario de la nacionalidad. En este sentido, la evolución de la enseña nacional de México, del citado estandarte hasta la bandera que hoy la identifica, resume a escala de un territorio determinado —en este caso, el del virreinato de la Nueva España—, lo que a escala del continente europeo ocurrió de la Edad Media a la Modernidad. En la virgen de Nuestra Señora de Guadalupe —como en la de Luján en Argentina, y la del Cobre en Cuba, por citar sólo dos

casos—, se venera a la virgen María en el misterio de su Inmaculada Concepción. Desde los orígenes mismos del virreinato novohispano, la citada virgen se convirtió en símbolo divino del mestizaje entre las culturas indígenas de Mesoamérica y la hispánica. Todo el que a partir de entonces se levantó en México contra la opresión, tuvo como primer acto legitimador de su nueva identidad, hacerlo con Nuestra Señora de Guadalupe. Lo más progresista del movimiento liberal mexicano fue heredero de esta tradición. El 24 de febrero de 1821, el mismo día que se proclamó el Plan de Iguala, el también militar y nuevo líder del movimiento insurgente, Agustín de Iturbide, levantó la primera bandera propiamente dicha de México: una tricolor (roja, blanco, verde), pero con las franjas en diagonal.⁵ Al centro, una corona imperial, orlada con las palabras Religión, Independencia, Unión. A esta primera bandera se le llamó de Las Tres Garantías: el blanco significó la religión; el verde, la independencia; el rojo, la unión. El 2 de noviembre de 1821, la Junta Provisional Gubernativa ordenó su rediseño: las franjas se representaron verticales y la corona fue sustituida por un águila en la franja blanca central, posada sobre un nopal y con la cabeza coronada. Depuesto el Imperio, el 14 de abril de 1823, se adoptó oficialmente el diseño establecido dos años atrás, pero con el águila sin la corona y orlada con las ramas de encino y laurel, símbolos del republicanism.

⁵ Entre otras tricolores que hicieron uso de una o más franjas en diagonal, pueden citarse la primera bandera de los seguidores de José Artigas en el Uruguay, y la de los separatistas brasileños del estado limítrofe de Río Grande del Sur. (N. *del A.*).

LA BANDERA DE EJEMPLAR DISEÑO

I

Como es notorio, Cuba inició sus luchas emancipadoras con un desfase de varias décadas en relación con las repúblicas americanas nacidas de la primera oleada independentista del continente. Este desfase – sin entrar aquí a analizar las causas, de por sí bien conocidas y estudiadas por nuestra historiografía–, tuvo consecuencias económicas y sociales que hicieron muy particular el proceso cubano. Sin embargo, entre otros aspectos positivos del mismo, sobresalen dos: una mejor asimilación del pensamiento y la praxis de la Revolución francesa, enriquecida con la experiencia de la epopeya gestada por los revolucionarios americanos de ambos continentes, y la lógica consecución de un pensamiento más evolucionado y radical, que se tradujo en una verdadera alta cultura de la emancipación. Es en este contexto que nace la enseña nacional cubana. De él se informa el criterio ético y estético que regirá su óptima concepción, en tanto acto de diseño y de cultura, y que la ubica entre las mejores logradas del mundo. Pero, vayamos por parte.

La enseña nacional cubana nace en una coyuntura política y social de tránsito. Su fecha de concepción: junio de 1849, la ubica entre las banderas representativas de la primera oleada independentista americana y las que más tarde cumplirán igual función en los procesos libertarios de fines del siglo xix e inicios del xx. En esta etapa, que José Martí llamó de «la segunda independencia», es importante destacar la incidencia que en tal ám-

bito independentista tendrán las nuevas pretensiones de reconquista y expansión neocolonial de algunas potencias europeas ya tradicionales como Francia e Inglaterra, y la de una naciente, los Estados Unidos de América. La bandera cubana será una síntesis del *antes* y una prefiguración del *después*. Del antes, su asimilación creativa de los mejores diseños de banderas republicanas que le preceden, en particular, las «tricolores» de los revolucionarios norteamericanos, franceses e hispanoamericanos; del después, la particularidad de desmarcarse de los referentes aludidos en el intermedio patriótico que va de las primeras conspiraciones separatistas al movimiento reformista, pasando por el anexionista. Medio siglo más tarde, su reconocimiento oficial por la comunidad de naciones (1902), la abocará a un nuevo universo visual en correspondencia con las enseñas nacionales de los estados surgidos en el mundo antes, durante y después de las dos guerras mundiales, cuyas banderas, en no pocos casos— como veremos en el capítulo final— serán variantes del diseño innovado por la cubana. Su originalidad, pues, radicará en estas particularidades del espacio político-simbólico en que se crea, y su adecuada interpretación ideoestética, en términos de diseño, donde no faltan las influencias, evidentes o veladas, de tendencias políticas e instituciones con gran ascendiente en la historia del pensamiento político y filosófico occidental.

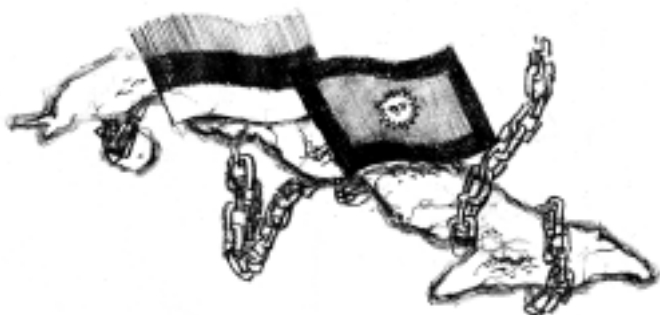
II

El ya apuntado desfase entre la oleada revolucionaria continental en 1810 y el comienzo de la primera guerra por la independencia de Cuba en 1868, generó un tiempo complejo y convulso, que devino espacio propicio para movimientos y conspiraciones de todo tipo, así como para la consecución de los más variados símbolos, entre los cuales destacarían las banderas. Todo movimiento separatista siempre apeló a una bandera, en tanto identificador visual de sus postulados verbales, por lo general, expresados en las constituciones y actas de independencia. Para la época en que se concibe la futura enseña nacional de los cubanos (1849), ya había en la Isla toda una tradición –por llamarla de algún modo– de banderas tricolores, al igual que la hubo de conspiraciones separatistas.

Las dos primeras, justamente, se conciben en fechas extremas del gran proceso independentista hispanoamericano; es decir, en sus inicios (1810) y en sus postrimerías (1823), en clara evidencia de que los cubanos no fueron ajenos a la convulsión revolucionaria que dominó por este período al continente, ni los revolucionarios americanos a la necesidad de que Cuba fuera libre e independiente. La bandera de 1810 no ha pasado de ser una descripción escrita en consonancia con el incipiente movimiento conspirativo que la concibió. Tal descripción aparece en la constitución que redactara el abogado bayamés Joaquín Infante, para la conspiración organizada por un grupo de hombres

La invitada de la luz

influyentes y ricos que pertenecían a la logia masónica de las Virtudes Teologales, bajo la dirección del hacendado habanero Ramón de la Luz Sánchez Silveira. En el artículo 100 de dicho proyecto constitucional –el más antiguo concebido, redactado y publicado por un cubano– se lee: «La bandera nacional será un tricolor horizontal, verde, morado y blanco».⁶ Si bien esta bandera no dejó de seguir la concepción de la tricolor en la variante creada por el prócer venezolano Francisco de Miranda –nación que tenía conexiones con los principales conspiradores–, en cuanto a los colores empleados sí trató de desmarcarse de ésta y de las restantes que ya identificaban a los principales movimientos independentistas del continente. De lo que da fe el propio Infante en el citado artículo, por ser «combinación que no se sabe haya sido tomada todavía por otra nación».⁷ Aunque la atipicidad de la «combinación» no obedeció a ningún simbolismo previo relacionado con los ideales independentistas propuestos, sí es de inferir en el tercer color elegido, el morado, una relación con



⁶ Emilio Roig de Leuchsenring. *Banderas oficiales y revolucionarias de Cuba*, La Habana, 1950, p. 36.

⁷ *Ibíd.*

el impropiamente denominado «pendón morado de Castilla»,⁸ por aquello de refrendar los vínculos históricos que unía a los conspiradores con sus antepasados y la otrora Colonia, una vez convertida ésta en «Estado de la Isla de Cuba», según reza en el citado proyecto de constitución.

A la descrita por Infante, le siguió la de la conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar, en 1823. De ésta las autoridades españolas encontraron tres ejemplares en el baúl propiedad de uno de los principales líderes de la conspiración, el habanero José Francisco Lemus, coronel del ejército colombiano, enviado por Bolívar para organizar una conspiración independentista. En los procesos incoados se describió la bandera con un recuadro central azul turquí, en cuyo medio resplandece un sol color oro con cara humana, enmarcado en dieciséis rayos: ocho rectos y ocho ondulados; una franja roja bordea el rectángulo. El otro diseño de bandera, vino a ser una versión de la primera,

⁸ "El pendón de Castilla, impropiamente llamado *morado*, no es sino la enseña personal, que Gaspar de Guzmán, Conde-duque de Olivares, diera al tercio-coronelia que Felipe IV fundara y que, por razón de su uniforme, fue llamado *Tercio de los Morados*. Sin embargo, en la práctica se acostumbra a izar un pendón morado, con las armas reales, en el buque o edificio donde se encuentra el rey". *España*, Editorial Calpe, 1925, p. 670. Paradójicamente, la otra bandera española en hacer uso del morado fue la tricolor de la segunda República, instaurada durante la década del treinta del pasado siglo. Como es notorio, la misma tiene tres franjas horizontales de igual tamaño: la superior es roja, la central amarilla y la inferior morada. (*N. del A.*) Tampoco debe obviarse la llamada "gualda y roja" representativa del actual pabellón oficial de España, que implantara Carlos III en 1785. La feliz circunstancia histórica que hizo que la izada de este pabellón coincidiera con el mejor gobierno que tuvo la Isla durante la Colonia, el de don Luis de Las Casas (1790-1796), pudo haber influido en el "morado" de la bandera de Infante. Aunque, a decir verdad, después de Las Casas, la actitud de los cubanos hacia la enseña representativa de la metrópoli empezó a cambiar, "hasta llegar a convertirse en el *guacamayo*, símbolo, odiado y combatido, con la palabra y la pluma, primero y continuadamente, y por las armas, después". Emilio Roig de Leuchsenring, *Ob. Cit.* p. 37

donde el sol se representa plateado y sin rostro. En ambos casos, si bien se mantienen los colores esenciales de los revolucionarios franceses y americanos: el rojo y el azul, la particular distribución de los mismos apuntan a desmarcarlas de sus referentes, aunque con diseños poco logrados, en los que el elemento esencial, el sol, es un remitido a la bandera diseñada por el general argentino Manuel Belgrano, enseña de la Revolución de Mayo, en Buenos Aires (1810), y, posteriormente, del ejército libertador de los Andes, comandado por el también general argentino José de San Martín. La conspiración, sin embargo, tomó nombre de la logia masónica fundada por Lemus y sus seguidores en La Habana, Soles de Bolívar, con dos grados: el de los «rayos» y el de los «soles». Lo que no desdice la razón que le asistía a los patriotas cubanos para ver en los movimientos independentistas liderados por Bolívar y San Martín, una misma causa libertadora que finalmente apoyaría con armas y hombres la independencia de la Isla. (Un año después de abortada por las autoridades coloniales la conspiración, el general venezolano Antonio José de Sucre derrotaba en Ayacucho la última resistencia de España en territorio continental.)

El movimiento de los Soles y Rayos de Bolívar tuvo ramificaciones en La Habana, Pinar del Río y Matanzas, y es muy probable que contara con el apoyo de núcleos revolucionarios de Puerto Príncipe (Camagüey) y Oriente. En esta conspiración, la primera en importancia de las ocurridas en Cuba antes de la que diera inicio a la guerra de independencia, participaron jueces, sacerdotes, regidores, alcaldes, oficiales de milicias (quienes aporta-

⁹ Es interesante verificar como un componente social parecido al de la citada conspiración, casi medio siglo después, fue el que particularizó a los deportados a Fernando Poo en 1869. Sobre el particular consultar a María del Carmen Barcia: "Los deportados de las guerras. Cuba 1869-1898", en *Chacmool. Cuadernos de trabajo cubano-mexicanos*, Mérida-La Habana, 2004, pp. 124-125.

rían las armas), propietarios, artesanos y escritores.⁹ Entre estos últimos, destaca el poeta José María Heredia, quien sería, con toda justeza, el Poeta Nacional de Cuba, y creador de la estrella como símbolo patriótico primero de los cubanos. La abortada conspiración obligó a Heredia a salir clandestinamente de la Isla rumbo a los Estados Unidos, no sin antes expresar en los versos proféticos de *La estrella de Cuba*, lo que de penurias y luchas aún le quedaban a los cubanos para alcanzar su definitiva independencia:

*Nos combate feroz tiranía
con aleve traición conjurada,
y la estrella de Cuba eclipsada
para un siglo de horror queda ya.*

El fracaso de las más importantes conspiraciones independentistas, la imposibilidad de hacer efectiva la prometedida ayuda a éstos por parte de los gobiernos de Venezuela y México –entre otros–, el auge de la lucha social, la crisis ideológica de los liberales cubanos y el restablecimiento del absolutismo en España y, por extensión, en la Isla, unido a la creciente política expansionista del gobierno norteamericano a partir de 1845, serán algunas de las causas que contribuirán a que la tendencia *separatista* dominante entre las clases profesionales y altas de la sociedad cubana derive hacia una propiamente *anexionista*, al dirigir éstas sus miradas y esperanzas hacia los Estados Unidos de América. Del Norte, sin embargo, sólo les interesará el Sur: los estados esclavistas. Las grandes desigualdades sociales que ambos sistemas económicos habían engendrado, serían ahora sus mayores igualdades. Ambas sustentaban sus economías en el sistema de plantación: si Cuba plantaba azúcar, el Sur plantaba algodón. Ambas, por consiguiente, dependían de la mano de obra esclava para hacer rentables sus respectivos sistemas económicos, es decir, para no perecer como

La invitada de la luz

sistemas. El siguiente dato, por último, es revelador: hacia fines de los cuarenta, Cuba exportaba a los Estados Unidos el triple de azúcar que a España, y La Habana se había convertido en el primer puerto exportador de este producto a nivel mundial, seguido de Matanzas. En consecuencia, la otra bandera que se suma a las ya estudiadas, tendrá una connotación anexionista y la concebirá la asociación Club de la Habana en 1847.

También la citada asociación la constituyeron profesionales y escritores, y tuvo entre sus figuras rectoras a tres de los cubanos de mayor fortuna de la época, Miguel Aldama, José Luis Alfonso y Cristóbal Madan. La bandera de esta asociación secreta, conocida de las autoridades españolas, pero bien amparada en el prestigio y capital de sus asociados, consistió de tres franjas horizontales rojas y dos blancas algo más estrechas. Por la parte del asta, la bandera presentaba una franja o rectángulo vertical azul con una gran estrella blanca de ocho puntas. A la del Club de la Habana le siguió la de la conspiración de la Mina de la Rosa Cubana, que tuvo por principal escenario la zona de Manicaragua (actual provincia de Villa Clara), con ramificaciones en Trinidad y Cienfuegos.

La principal figura de la conspiración, el venezolano Narciso López y Uriola, se había destacado en su país natal como combatiente del ejército español. Con la definitiva derrota del ejército colonial a manos del bolivariano, se estableció en Cuba. Aquí casó con Dolores Frías, hermana del prócer cubano conde de Pozos Dulce, y viajó a España, donde alcanzó el grado de mariscal de campo durante la llamada guerra carlista. Independientemente de las polémicas que siempre ha generado su controvertida trayectoria política, y que sólo hasta cierto punto es objeto de este trabajo dilucidar, está probado su origen americano, su condición de militar valiente y la simpatía que manifes-

tó por la causa de los cubanos y puertorriqueños durante dicha estancia en España, cuando éstos quedaron excluidos de representación en las Cortes. En carta de 25 de marzo de 1849, López confiesa: «...desde entonces juré en lo profundo de mi alma consagrar el resto de mis días a la humana y patriótica empresa de arrancar entrambas islas de las garras de su no menos despiadada que voraz madrastra». ¹⁰ En 1841 volvió a la Isla con el capitán general Gerónimo Valdés, a cuyas órdenes había peleado contra los carlistas. En este período López fue gobernador de Trinidad y presidente de la Comisión Militar, cargo este último, del que fue separado por el nuevo gobernador de la Isla, el teniente general Leopoldo O' Donnell, quien hizo uso de sus facultades omnímodas para reprimir con saña nuevas conspiraciones, entre las cuales tuvo una mayor repercusión la denominada de La Escalera (Matanzas, 1843). Fue entonces que López empezóa conspirar contra España.

Su magnífica hoja de servicio en el ejército español, el prestigio que tenía entre los habitantes de las zonas de Manicaragua y Trinidad, y sus vínculos comerciales con esta última ciudad y la de Cienfuegos, con el pretexto de poner a funcionar la mina La Rosa Cubana, fueron la mejor coartada y protección para sus actividades conspirativas. Y, como para continuar la tradición de los generales americanos en lo tocante al diseño de banderas, concibió la de su conspiración: tres franjas horizontales de igual ancho, con el tricolor representativo del republicanismo (azul, blanco y rojo). Para 1848 tenía ya fecha y bandera el levantamiento, cuando entró en contacto con miembros del Club de la Habana, por mediación del escritor Cirilo Villaverde.

Con el propósito de aunar recursos y fuerzas, López aplazó el levantamiento a fin de que coincidiera con el desembarco de una

¹⁰ Emilio Roig de Leuchesenring, *Op. Cit.* p. 79.

expedición proyectada y financiada por los del Club, pero en la espera fue delatado por el padre de José María Sánchez Iznaga, no de los principales conjurados. Es, precisamente, de la declaración prestada por éste el 10 de julio de 1848, en la causa que se instruyó por su participación en la mencionada conspiración, que nos llega la descripción de una segunda bandera diseñada por López. Según Sánchez Iznaga, López le había mostrado «...en una tira de papel pintado una bandera que debía enarbolarse en el movimiento, por señas que en la parte superior y extendiéndose a la inferior sobre el asta, tenía una grande estrella de donde parten tres fajas iguales, siendo la superior y la inferior de color azul y la del centro blanca».¹¹ De la supuesta bandera, queda por precisar el color y el número de puntas de la estrella, así como su disposición sobre las tres franjas. No obstante, por la descripción que de la misma hace Sánchez Iznaga, ya está en embrión una concepción que iba en camino de alcanzar la cualidad que un año más tarde llevaría a López a concebir la enseña nacional cubana y, con ella, uno de los diseños, en esta función, más singulares del siglo.

El hecho de que Narciso López no fuera detenido y procesado por las autoridades coloniales, se debió, en parte, al propio José Sánchez Iznaga. Detenido en su ingenio, junto al río Arimao, no sabemos de qué argucia se valió éste para avisarle a López, pero lo hizo, dándole el tiempo justo que necesitaba el general para proyectar su fuga. A su éxito contribuyó la osadía de López y lo buen jinete que era –montó a Mazepa, uno de los mejores caballos de la región–, lo demorada de las comunicaciones y su hábil maniobra de dirigirse a la costa norte, es decir, en dirección opuesta a la que esperaba el mando español. Luego de cabalgar una noche y un día, más allá del poblado de Colón, por Pijuán,

¹¹ Comisión Militar (1848), leg. 67, núm. 1. Citado por Herminio Portell Vilá. *Narciso López y su época*, La Habana, Cultural, 1930-1958, p. 174.

alcanzó el tren –ya en marcha– que iba a Cárdenas. En esta ciudad se hizo afeitarse y tuvo la serenidad suficiente como para saludar al gobernador de la plaza, brigadier Francisco J. Quintayros, con quien se cruzó por casualidad. En el vapor *Habana* pasó a Matanzas. Aquí contactó con los jefes de la conspiración, quienes se comprometieron en propiciarle la salida para los Estados Unidos. Al día siguiente, para no levantar sospechas y, quizás, con el propósito de verificar en qué estado se encontraba su búsqueda, con probada sangre fría, pasó a ver al amigo y gobernador de Matanzas, don José Folguerás, a quien le aceptó la invitación de comer con su familia, lo que hizo a las seis de la tarde. A las diez, disfrazado de marinero, subía a bordo del *Neptuno*, buque estadounidense cargado de azúcar, que se hizo a la mar a media noche con rumbo a Newport, Rhode Island. En ausencia de López, la Comisión Militar Ejecutoria y Permanente de la Isla de Cuba, lo juzgó en rebeldía y le impuso la pena capital por fusilamiento. Lo que no fue óbice para que el fiscal español don Cristóbal Zurita, al conocer los pormenores de la escapatoria, la calificara de «proeza de equitación, hecha con velocidad y resistencia admirables».¹² Semanas después, el poeta matancero Miguel Teurbe Tolón, abandonaba también la Isla. Y, al año siguiente, igual camino tomaría Cirilo Villaverde, luego de protagonizar una no menos espectacular fuga del castillo de La Punta, la noche del 31 de marzo de 1849, a dos días de celebrada la vista del Consejo de Guerra que lo había sancionado a seis años de presidio en Fernando Poo, con grilletes al pie. En Nueva York, Narciso López, Teurbe Tolón y Villaverde se encontraron, y con los exiliados cubanos allí asentados continuaron conspirando contra España. Otra bandera aguardaba por nacer.

¹² Herminio Portell Vilá. Ob. Cit. p. 283.

III

Toda bandera nace con un futuro en su regazo. Pero son contadas las que nacen bellas, con un futuro tan incierto. La nación a la que llega Narciso López, todavía era sostén de la única utopía viva de la historia de las ideas políticas, aun cuando ya empezaba a evolucionar hacia aquella otra que, treinta años más tarde conocería José Martí, plagada de contradicciones, soberbia y prepotencia, en plena fase imperialista. Los cubanos con los que contactó Narciso López a su llegada a Nueva York, representan la protohistoria de la emigración política cubana. Corre junio de 1849. Todos, de una forma u otra, por las armas o por las ideas, o ambas inclusive, se han visto envueltos en el torbellino de la causa separatista. Dicha causa, por entonces, asume más de una proyección política, a veces, precipitada por sus medios; otras, confusa por sus fines. En el plano personal, quizás, la vida de Narciso López sea el mejor ejemplo de tales encuentros y disyuntivas. Allí, en la naciente megalópolis, cada uno por su lado, con lo que puede y con lo que cuenta, se reúne con sus compatriotas y proyectan un futuro más halagüeño para la Isla. En lo que a la patria concierne, todo es indefinido, menos la poesía revolucionaria de Heredia. ¿Podría otra bandera ser la causa de una mejor definición? Por la poesía ya habla el alma de Cuba; por una bandera... , por una verdadera bandera, podría tomar cuerpo esa alma. La distancia, el frío... ¿Qué mirar que

los acerque a la claridad de la Isla? Las reuniones fatigan; mucho más si en ellas coinciden militares, propietarios, políticos, escritores, poetas y periodistas. Ellos han iniciado la lucha; pero, tal y como son de dispares sus identidades profesionales, son sus razones: ninguna alcanza consenso sobre el verde paño de la mesa. No obstante, las reuniones continúan durante el caluroso verano neoyorkino. En una de ellas, quizás, impelido por el eseo de buscarle algún sentido al sinsentido dominante, el ex general debió pensar, que si bien ninguna bandera había sido promotora de cambio alguno en la sociedad, sí todo cambio de real trascendencia histórica había tenido siempre una bandera. López interviene. Insta al poeta y dibujante Miguel Teurbe Tolón, en cuya casa de huéspedes celebran la reunión, a que tome lápiz y papel, y trace su idea de la bandera de Cuba libre. El poeta asume el reto... Pero, el ex militar no le da tiempo y, tomándole el lápiz –actitud propia de una personalidad dominante, además, de inspirada–, bosqueja el pabellón que concibiera un año atrás para su abortada conspiración de la Mina de la Rosa Cubana. Aún no ha nacido nada. Acaso, un simulacro de ataque del general sin ejército. Mejor aún, un inicio de sueño... Cirilo Villaverde, por entonces secretario personal de López, recuerda que éste, dirigiéndose a los presentes, manifestó «que debía de adoptarse por modelo, en lo más posible, el pabellón de los Estados Unidos de América, pues a su juicio era el más bello de las naciones modernas».¹³ La cita, ajena a cualquier pretensión anexionista que no fuera hacer justicia al diseño de la bandera aludida, evidencia, por una parte, que López poseía un entrenamiento visual y, por otra, una cultura– que la tenía y amplia–. Y algo aún más importante, un criterio; porque lejos de imitar el

¹³ Cirilo Villaverde. "Nuestra bandera", en *La revolución de Cuba*, Nueva York, no. 62, 15 de febrero de 1873. Citado por Francisco Ponte Domínguez. "Historia y simbolismo de la bandera cubana", en *Revista Biblioteca Nacional José Martí*, no. 4, agosto de 1950.

referente aludido, hizo todo lo posible por desmarcarse de él, aun cuando admiraba con mucho su diseño. Quiso hacer algo igual o mejor. No otro es el propósito que aflora en la discusión que Villaverde refiere sobre la distribución de los colores, «a fin de que la imitación no resultase una copia servil de la bandera norteamericana».¹⁴ Es inexacto pensar que todo fuera fruto de la improvisación o de la inspiración –para manejar un término más apropiado con la época–, como se da a entender en el testimonio del gran novelista, y al cual nos atenemos, por ser el único hasta el presente jamás rebatido por historiador alguno. La experiencia indica que ya traía en mente un nuevo proyecto de bandera. Además, hay consenso entre especialistas y diseñadores, que la etapa de selección de los elementos de un determinado objeto, sea éste visual o de cualquier otro tipo o función, cobra cada vez mayor importancia en el resultado final del proceso de creación que damos en llamar *diseño*. Justo esta etapa fue la que prevaleció en aquella histórica reunión. Ante los allí presentes, López apeló al pie forzado de la bandera que diseñara un año atrás, tomando de ésta las tres franjas horizontales representativas de los tres departamentos militares en que estaba dividida la Isla desde 1829: el oriental, el central y el occidental. Y, acto seguido, propuso una inusual variante nacida de su probada experiencia militar –ya esbozada en la bandera descrita por Sánchez Iznaga–: cambiar el carácter tricolor de las mismas por el azul en campo blanco, «para una fácil visibilidad a distancia», con lo cual las franjas sumaron cinco.

Resuelta una parte de la bandera, quedaba un reto mayor, completar el tricolor republicano; es decir, definir el área que por forma, dimensión y ubicación ostentaría el rojo: la sangre misma de la bandera. «Sólo dos formas cabían para presentarlo con-

¹⁴ *Ibíd.*

venientemente –recuerda Villaverde–, el cuadrado y el cuadrilongo (rectángulo), según se acostumbraba en los pabellones nacionales. López, que era francmasón, naturalmente optó por el triángulo equilátero, figura geométrica más fuerte y significativa. Pero adoptado el triángulo, como desde luego se adoptó, ¿no pedía la heráldica que se colocara en el centro el ojo de la Providencia? Alguien de los presentes, se cree que Manuel Hernández (también francmasón como todos los allí reunidos), sugirió la idea, que López combatió con razones de gran peso; recordó la estrella de la bandera primitiva de Texas, y decidió que en el centro del triángulo sólo correspondía poner la estrella de Cuba levantándose sobre un campo de sangre para presidir la lucha y alumbrar el camino trabajoso y oscuro de la libertad e independencia de la patria aherrojada». ¹⁵ Y concluye Villaverde: «Teurbe Tolón trasladó al papel con mano hábil el feliz pensamiento del general López, lo iluminó enseguida con los colores republicanos, en el orden requerido, y quedó creada una hermosa bandera, por más que, como decía el distinguido general Pedro Arismendi, estuviere su combinación en pugna con las reglas de la heráldica». ¹⁶

La influencia de la bandera tejana en la cubana, es evidente. Sin embargo, el diseño de la cubana la supera con mucho. La tejana está más apegada a la tricolor francesa. La cubana, aunque usa los mismos colores, se desmarca por completo de los dos referentes aludidos, el francés y el tejano, al otorgarle a sus novedosos elementos (triángulo equilátero, estrella, franjas horizontales azules y blancas) una no menos novedosa distribución, que le confiere la visión otra contentiva de un nuevo patrón de diseño para esta función. Si el triángulo es la propuesta de López, yendo incluso

¹⁵ *Ibíd.*

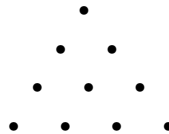
¹⁶ *Ibíd.*

contra las leyes de la heráldica, es por su condición de masón, como bien lo señala Villaverde. Pero, además, con esta condición también se asocia la correspondencia de los elementos de la bandera con la de los números sagrados de la *Biblia* y la de los pitagóricos, escuela filosófica esta última, para la cual el significado aritmético era consustancial al geométrico. Estos presupuestos fueron igual de sagrados para los masones desde su condición primera de maestros constructores al servicio de las más poderosas órdenes eclesiásticas. En esta perspectiva simbólica el *tres* (las franjas azules) representa la armonía perfecta; el *cinco* (el total de franjas) el espíritu vivificador que serpentea por toda la Naturaleza, y el *siete* (la suma del triángulo, la estrella y las cinco franjas), el número perfecto para hebreos y pitagóricos, por estar formado por el ternario (triángulo) y el cuaternario (cuadrado o rectángulo). Siete serán los símbolos de la masonería.

Esta última relación traerá aparejada otra menos evidente aunque más poética, en la que el ternario deviene expresión del mundo espiritual, y el cuaternario, del material. Así, también, quedará expreso en el diseño de la bandera: el mundo espiritual, representado por el triángulo, prevalece sobre el material, representado por el rectángulo. Simbolismo que homologa a ambas figuras con el delantal o mandil del maestro masón. Los que intervinieron en el diseño de la bandera cubana, fueron conscientes de las conexiones de la masonería con los ideales republicanos y laicos, y, probablemente —ya que no tenemos pruebas al respecto—, con su pasado remoto: la arquitectura medieval, que es como decir, con un nuevo momento de la evolución del pensamiento judeo-cristiano.

IV

No faltan mitos y leyendas relacionados con el origen del planeta, en el que interviene la caída de una piedra en forma cuasi triangular. En el Egipto de los faraones, con el vértice hacia arriba, representaba al hombre; con el vértice hacia abajo, la mujer. La unión o engarce de ambos triángulos simbolizó el abrazo del espíritu y la materia, de los principios activo y pasivo, tal y como se observa en la llamada Estrella de David. Y llevó al cuadrado o base, que al hacerse tridimensional, asume la forma más estable concebida por la arquitectura: la pirámide de cuatro lados, tal y como se observa en las de los faraones Keops, Kefren y Mikerinos. Mientras que para Pitágoras y sus discípulos, el verdadero significado del número se expresaba mediante una figura sagrada, la *ôâõñá÷ôýò*, la cual representa el número diez, como el triángulo que tiene el cuatro por lado. La figura constituye, pues, una disposición geométrica que expresa un número, o un número expresado mediante una disposición geométrica: el concepto que esta disposición presupone es del orden mensurable.



La arquitectura, madre de las artes para los antiguos, por ser la manifestación que contiene a todas las demás, incluida la voz y la escritura, resumió también el grado de desarrollo tecnológico

alcanzado por una cultura o civilización. Ella devino medida del conocimiento y soporte esencial de la memoria atesorada por una sociedad: expresión poética del cálculo, metáfora del poder. Cuando el libro alcanzó su forma más acabada como portador de la memoria humana, se le comparó con un edificio. Portada, contraportada, pórtico, bloque tipográfico, columnas, son algunos de los términos empleados en el libro moderno que nos remiten a su pasada relación con la arquitectura. Y viceversa. Cuando la arquitectura de la Europa medieval alcanzó el grado de refinamiento artístico y desarrollo tecnológico presentes en las catedrales góticas, a estas les llamaron libros de piedra. Sus maestros constructores o masones (del francés *maçon*: albañil) si bien se pusieron al servicio de la Iglesia –por entonces la única institución capaz de salvar la unidad de Europa frente al fraccionamiento político y económico feudal, y el avance del Islam–, también se constituyeron en grupos o sociedades secretas dentro del global anonimato característico de la propaganda eclesiástica, en aras de preservar el conocimiento tecnológico y alquímico heredado del más remoto pasado, y transmitirlo sólo a aquéllos que tenían la suficiente vocación, talento y estatura moral para detentarlos.¹⁷ A los maestros masones no se les es-

¹⁷ Los maestros constructores o masones creyeron ver su origen en el maestro Hiram, contratado por el rey Salomón para edificar su templo en Jerusalén. En las supuestas ruinas de este templo, según la tradición, se ubicaron las caballerizas de la Orden del Temple durante las Cruzadas. En pocas décadas esta Orden se convirtió en la organización militar y económica más poderosa de Occidente, siendo los primeros banqueros transnacionales. El capital que llegó a atesorar la Orden, permitió financiar la construcción de las catedrales góticas, razón por la cual se establecieron vínculos muy estrechos entre sus miembros y los maestros constructores o masones. El inmenso poder de los templarios despertó la desconfianza y la envidia del rey francés Felipe IV que, endeudado con ellos, contando con la complicidad del Papa Clemente V, suprimió la Orden, sometiendo a sus miembros a un proceso más que irregular. Bajo las acusaciones de herejía y pacto con el Diabolo escasamente fundamentadas, en 1314 (siglo XIV) fue quemado vivo en París su último gran maestro, Jacques de Molay. (*N. del A.*)

capó el carácter eminentemente subjetivo de la sociedad medieval, distante ya de la claridad expositiva de griegos y latinos, por la cual toda lectura de imágenes se convertía en un oscuro y pavloviano acto de fe. De ahí que al devenir el progreso de la sociedad europea por un nuevo cauce racionalista y laico, se sumaran a la nueva clase social en ascenso, la burguesía, reapareciendo como sociedades masónicas desde la Ilustración en adelante. Y, de ahí, también, que el componente fundamental de la simbología presente en sus rituales, fueran aquellas formas y objetos asociados con la arquitectura, expresión primera del conocimiento, la fraternidad y el progreso humanos. En consecuencia, la masonería moderna no renunciará a la sabiduría contentiva en el Viejo y Nuevo Testamento, en la misma medida que al asumir el triángulo en su significado primero como figura geométrica perfecta, lo hará representación del inmenso poder que le asiste al Gran Arquitecto del Universo.

No deja de ser sintomático, que la nueva masonería tuviera su origen en Inglaterra y luego pasara a Francia, las dos naciones en iniciar la modernidad. En Inglaterra, se definió el modo de producción específico del sistema capitalista: el maquinismo; en Francia, se gestó, de pensamiento y obra, la revolución que redefiniría el patrón de Estado hasta entonces dominante. Estas particularidades –entre otras– de dichas naciones en su ingreso al capitalismo pleno, redefinió también los cauces por los que transitaría la masonería moderna.

En la Inglaterra industrial ésta se entendió más con un fin filantrópico que político. La alianza burguesía-nobleza, ya superada sus contradicciones de clase, no admitiría más violencia interna que la generada por su revolución industrial y su relación antagónica con el proletariado. En consecuencia, la nueva misión de

la masonería en el naciente imperio, se dio relacionada con la formación del ciudadano, del hombre libre y su grado de responsabilidad ante esta nueva condición, en correspondencia con el liberalismo económico que dicha alianza se propuso capitalizar a nivel mundial. Con estas particularidades pasó a las Trece Colonias, alcanzando un nuevo perfil institucional a tenor con las peculiaridades y transformaciones de la sociedad norteamericana ya independiente. No por casualidad, el primer y mayor símbolo que caracterizaría a partir de entonces el ideal sinárquico de esta nación: el billete de un dólar, tenga como principal elemento identitario el ojo de la Providencia centrado en un triángulo equilátero, el cual corona una pirámide de base cuadrada. Bajo la misma, la siguiente inscripción en latín: *Novus Ordo Seclorum* (Nuevo Orden del Siglo).

En la Francia revolucionaria, en cambio, la masonería –o francmasonería– tuvo un vínculo más directo con el proyecto político, social y cultural que preconizaba para los demás pueblos. La ecumenización de la Revolución francesa tuvo en ella una de sus vías esenciales de divulgación y concienciación de sus postulados políticos y sociales. Si el lema de la masonería inglesa fue el de Amor fraternal, Socorro y Verdad, el de la francesa fue el de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Tales valores extrapolados al cotidiano de vida del hombre moderno, tuvo terreno fértil en el gran movimiento nacionalista del siglo xix, deudor con mucho de esta nueva «orden», cuando, con las manos puestas sobre la Biblia, juró a favor de los tiempos que corrían hacerse laica, republicana y burguesa.

Esta última tendencia de la masonería es la que se verificará en el proceso independentista cubano. La misma tomará cuerpo antes de la Guerra de los Diez Años, cuando el profesor universitario y activo conspirador contra el poder colonial, doctor Vicente

Antonio de Castro, crea la Logia del Gran Oriente de Cuba y las Antillas. Sin subordinación directa o indirecta a las dos masonerías más influyentes por entonces en la Isla: la española y la norteamericana, tuvo una orientación profundamente cubana, al ser causa y reflejo de la realidad social y política de la Colonia, así como expresión de esa alta cultura de la emancipación con que se nutrieron e identificaron los más notables patricios de la causa independentista cubana, todos masones (Carlos Manuel de Céspedes, Pedro *Perucho* Figueredo, Francisco Vicente Aguilera, Vicente García, Donato Mármol, Máximo Gómez, Antonio Maceo, Salvador Cisneros Betancourt, Ignacio Agramonte, Francisco Maceo Osorio, José Martí, entre otros).¹⁸

Acogidos a la prerrogativa de libertad de reunión que el gobierno colonial le daba a las logias, dado el carácter de instituciones autónomas de la religión y la política, el Gran Oriente tejió su madeja conspirativa desde su fundación en 1862 hasta el 10 de octubre de 1868, cuando el venerable maestro de la Logia de Manzanillo, Carlos Manuel de Céspedes, junto a sus hermanos de culto, dio el Grito de Independencia o Muerte en su ingenio La Demajagua.

¹⁸ José Martí también fue masón. Samuel Sánchez Gálvez, profesor de historia en la universidad de Cienfuegos, en investigación realizada para su tesis de doctorado en Ciencias Históricas con el tema de El pensamiento masónico en Cienfuegos entre 1878 y 1902, recién dio con un documento que se conserva en la logia Fernandina de Jagua de dicha ciudad, donde consta la condición masónica de nuestro Héroe Nacional desde los tiempos de su primer destierro a España. Para más información ver: Eduardo Vázquez Pérez. "La página en blanco de la biografía de Martí: la masonería", en *El Caimán Barbudo*, La Habana, año 41, mayo-junio 2007, pp. 2, 3. (N. del A.)



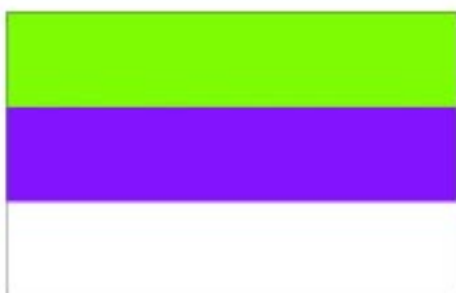
1650 Holanda



1789 Francia



1806 Francisco de Miranda



1810 Joaquín Infante



1823 Soles y Rayos de Bolívar



1847 Club de la Habana



1848 Mina de la Rosa Cubana



1836 Estado de Texas



1849 Narciso López



1817 Chile, Bernardo O'Higgins



1868 Carlos Manuel de Céspedes



1895 Puerto Rico

V

Si el triángulo es resultado de la condición masónica de Narciso López, la estrella, centro y guía de todos sus elementos, evidencia desde un primer momento el espíritu republicano y, ¿por qué no?, independentista de la bandera. Aspecto este último, del mayor interés para el análisis de su diseño. Veamos. Sobre la horizontal, el triángulo equilátero es la forma por excelencia de la estabilidad; pero sobre la vertical, tal y como sucede en la bandera, es la forma opuesta a la inercia y, por consiguiente, presupone en todo momento una dirección (contraria a la vertical mayor o asta) y un inicio de movimiento. En términos de percepción humana, estos dos valores: la dirección y el inicio de movimiento, se ven reforzados por las cinco franjas horizontales que de él nacen: las tres azules y las dos blancas, si partimos de una lectura visual de izquierda a derecha como presupone la orientación psico-fisiológica del organismo humano o, al menos, de la cultura occidental. Esta acentuada unidireccionalidad de la bandera cubana, lleva a una lectura final con predominio de la horizontal. Sin embargo, esta no es una horizontal común a otras banderas que hacen igual uso de franjas o bandas, sino una muy particular que, por el triángulo que la inicia y penetra, genera, por color y forma, tal tensión y preferencia, que sólo puede interpretarse como expresión de actividad y vigor.

En cuanto al símbolo estrella, tiene una antigüedad mayor que el triángulo: la de los hombres primeros que interrogaron al cielo.



En la tradición judaica, si el triángulo equilátero simboliza a Dios, innombrable e irrepresentable – de donde le llega al Islam y a la masonería–, las estrellas obedecen a los caprichos de Dios, y los anuncian a veces (Is. 40,26; Sal 19,2). Una estrella anuncia la llegada de su Hijo. Daniel, al describir la suerte de los hombres en la resurrección, no encuentra símbolo más apropiado que el de la estrella para caracterizar la vida eterna de los justos. La versión patriótica de tal resurrección, por así decirlo, la encontramos en el poema *Yugo y estrella* de José Martí. De él es la nota donde refiere el comentario que le hiciera Domingo Ruiz con respecto a la explicación que le dio Narciso López de la bandera cubana, cuando éste le manifestó que «del triángulo rojo, fuerza y sangre, saldrá la estrella radiosa».¹⁹ Para los alquimistas el triángulo era símbolo del fuego y también del corazón. Tampoco debe pasarse por alto que el gorro frigio usado por los revolucionarios franceses y devenido luego emblema de la Patria y la República, era rojo, y que una síntesis gestáltica del mismo puede dar la sensación abreviada de un triángulo. Para los constructores o masones lo esencial era hallar el centro, definir el punto a partir del cual se ordenaría el sistema estructural dinámico y tridimensional de la catedral gótica. En el bidimensional de la bandera, ese punto o centro es la estrella. Ella llama a un orden, y también a perpetuar el recuerdo de los justos y mártires que murieron por defenderla. No es casual que la disposición de la bandera al cubrir un féretro, contemple el triángulo en la cabecera y la punta superior de la estrella sobre el hombro izquierdo del difunto. La estrella anuncia el triángulo; el triángulo, la bandera. Izada, la llamada punta superior de la estrella, es justo aquella que señala el norte, entre las puntas dos y cinco –de izquierda a derecha–, y que están alineadas con el borde supe-

¹⁹ José Martí. *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1965, t. 21, p. 407.

rior de la franja azul central. Posición esta última, que contribuye a destacar la dirección que anticipa el triángulo y refrendan las franjas. Ella es principio y fin de la bandera, tal y como la estrella Polar desempeña en la simbólica universal el centro absoluto en torno al cual pivota perpetuamente el firmamento. Todo el cielo gira en torno a este «motor inmóvil», como la llama Aristóteles. Así, también, todos los elementos de la bandera se orientan en torno a la estrella, con toda esa «fuerza y sangre», para decirlo con palabras del propio López, que le propicia el triángulo que la ostenta. En consecuencia, el recorrido visual adopta otra intensidad, al discurrir, por último, por las franjas azules y blancas –por color, continuidad de la estrella–, creándose una interrelación entre bandera y entorno natural, cuya lectura final es la del viento. Veamos cómo traduce al verso esta cualidad del pabellón cubano el poeta matancero Agustín Acosta:

*Gentil, gallarda, triunfal,
tras de múltiples afrentas,
el romántico ideal;
cuando agitas tu cendal
–sueño eterno de Martí–
tal emoción siento en mí
**que indago al celeste velo
si en ti se prolonga el cielo
o el cielo surge de ti.**²⁰*

El independentismo cubano puso su mayor empeño en hacer prevalecer el contenido político de la bandera por sobre el propiamente masónico, con el que ha perdurado desde la toma y ocupación de Cárdenas hasta hoy.²¹ Con toda probabilidad éste fue también el empeño de López, a quien no se le ocultó la fina-

²⁰ El subrayado es del autor del presente trabajo.

lidad primera y última que, como símbolo patrio, tenía el pabellón que había creado bajo presupuestos ideoestéticos de alguna manera crípticos. Si en el pasado remoto los tres lados iguales del triángulo equilátero representaron la acabada armonía de la divinidad, y en la modernidad simbolizaron la tríada revolucionaria Libertad, Igualdad y Fraternidad, en el proceso ideológico último seguido con la radicalización de la guerra de independencia de Cuba, su base terminó por identificarse con la República y su vértice con la abolición de la esclavitud.

²¹ También el independentismo argentino tuvo igual propósito con su bandera, pero en relación con su supuesto origen religioso. De hecho, los colores azul-celeste y blanco que la distinguen, se corresponden con los de su patrona, Nuestra Señora de Luján, expresión en esta región del culto a la virgen María en el misterio de su Inmaculada Concepción. De ahí que estos fueran los colores a los que recurrieran los patricios argentinos y las damas criollas para sus uniformes y trajes durante las dos invasiones inglesas a Buenos Aires, y luego, durante la llamada Revolución de Mayo de 1810, para diferenciarse de los españoles monárquicos y sus colaboradores. El 27 de febrero de 1812, el general argentino Manuel Belgrano, por primera vez los asumió en la bandera que enarboló a orillas del Río de La Plata, para identificar sus posiciones artilladas frente al ataque español. En carta al gobierno de Buenos Aires, dice Belgrano: "Las banderas de nuestros enemigos son las que hasta ahora hemos usado... Siendo preciso enarbolar bandera y no teniéndola, mándela hacer blanca y celeste, conforme a los colores de la escarapela nacional". A partir de entonces fue la bandera del gran ejército del Sur, que tuvo su mayor gloria en la gesta que lideró el también argentino general José de San Martín, convirtiéndose en uno de los símbolos emblemáticos del nacionalismo hispanoamericano. Esta identidad se acrecentó con las luchas sociales del pueblo argentino, y con los textos que sobre el tema escribieron patriotas-escritores de la talla de Domingo Faustino Sarmiento y Bartolomé Mitre, quedando, definitivamente superado el referente pasado de origen simbólico-litúrgico. Vale decir, por último, que la bicolor argentina también rompió con las leyes de la heráldica, al hacer uso de un color rebajado, el azul-celeste, y no de un azul puro como lo demandaba esta ciencia. Para mayor información ver: Ricardo Herren. *Azul-celeste y blanco...* Madrid, Cultura Hispánica, 1953. (N. del A.)

La invitada de la luz

En términos de diseño, si el triángulo rompe con el usual manejo de las franjas horizontales, la estrella, en la forma absoluta que conceptualmente se asume, rompe con la simbología masónica, para rehacerse en función del liberalismo y el independentismo cubanos. La citada nota de Martí, es la mejor evidencia del verdadero sentido que quiso darle a *su* estrella el ex general. El mismo que le dieron los que la levantaron en los duros y largos años de guerra. Pero en tanto esta no comience, la interpretación simbólica de estos dos elementos –por demás, los más originales y significativos de la nueva bandera–, continuarán adecuándose a las variables ideológicas surgidas con la época en lo tocante a la separación de Cuba de España, cayendo incluso sobre la estrella de cinco puntas la sombra del anexionismo. De ahí que si el triángulo es lo más significativo de la bandera, como bien apunta Villaverde, la estrella quizás sea su más bello broche, al tiempo que lo más polémico y controvertido de la misma.

La correspondencia formal y conceptual entre ésta y la que ostenta en campo azul la de Texas, no dejó duda alguna al respecto. El diseño original del escudo nacional cubano, obra de Teurbe Tolón, luce trece estrellas sobre su gorro frigio. Finalmente, quedó una. La estrella de la bandera tejana al formar parte de la constelación de la de los Estados Unidos de América, deviene expresión de la desembozada estrategia anexionista del caudillo Sam Houston, por la cual este país se anexó una parte importante del territorio de México. Puede inferirse que este fuera el referente histórico y político por el que se rigió Narciso López para concebir la bandera que identificaría su proyecto separatista por la vía armada. ¿Aspiraron él y sus colaboradores simbolizar igual o parecida estrategia a la seguida por Texas, al concebir la bandera cubana? ¿Hasta dónde la estrella de la bandera de López es sugerida por el diseño de la tejana, y hasta donde por la poesía patriótica de José María Heredia?

La dualidad fue el signo de Narciso López... Y de su tiempo. Más que Bolívar, y por razones diametralmente opuestas, él parece encarnar el general en su laberinto. En su camino hacia la libertad, más de una vez se extraviará. Finalmente, cuando O'Donnell lo despoja de los cargos que ostentaba en Cuba, encuentra el hilo de Dédalo del independentismo cubano y americano, lo que no quiere decir que lo siguiera con la necesaria entereza, como para guiarlo definitivamente hacia la claridad de la salida. Decidido a separar a Cuba de España, su lucha se verá muchas veces empañada por el oportunismo político, sobre todo, en lo tocante a los compromisos que contrajo con el capital norteamericano que financió sus expediciones, y, en otras, adquirirá tintes realmente épicos. Su programa político es electivo y, como tal, tiene dos opciones: una vez constituida la república, dejará al pueblo la decisión ulterior de continuar gobernándose con absoluta independencia o solicitar la incorporación de Cuba a los Estados Unidos. También el simbolismo de *su* estrella tiene dos interpretaciones: o sigue el rumbo de la tejana o el que le trazara la poesía de Heredia. ¿Cuál de estas dos opciones fue la que prevaleció a la hora de decidirse por el triángulo rojo con estrella? Si nos atenemos al texto de Villaverde, sin duda, primó la de Heredia. En sus patrióticos versos de *Vuelta al sur*, leemos:

*Cuando Cuba sus hijos reanime
y su estrella miremos brillar.*

En estos versos, como se ve, la estrella está actuante como símbolo político, independentista, no ajeno al punto de vista del exiliado político que quiere ver libre a su patria. Esta era la condición de Narciso López y de parte de sus colaboradores cuando concibieron la bandera. Pero si nos atenemos a la proclama en inglés que divulgó entre los expedicionarios un año más tar-

de, no cabe duda alguna, la de Texas. He aquí parte de su contenido: «Vais a dar a Cuba la libertad que tanto anhela; y a librar a la Reina de las Antillas de las cadenas que la degradan y sujetan a una tiranía extranjera que tanto la ultraja; a hacer de nuestros hermanos cubanos lo que por vosotros hizo Lafayette y añadir acaso otra gloriosa estrella a la bandera que ya tremoláis ante la admiración del mundo, sobre la tierra de los libres».²² Una vez más aflora la dualidad de la empresa de López. Hasta donde se cita al gran revolucionario francés, prócer de la independencia estadounidense, la lectura de la proclama da a entender que la expedición de López es la de un cuerpo armado que lucha por la libertad del hombre allí donde se la reclame. Tal condición, de haber sido así, habría sentado un precedente notable de internacionalismo solidario y militante en la historia nacional y universal, al igual que lo había hecho antes el propio Lafayette, la brigada inglesa que luchó junto a los ejércitos de Bolívar y más tarde los extranjeros que combatieron por la independencia de Cuba, donde no faltaron ni norteamericanos ni españoles. Sin embargo, de Lafayette en adelante, por más que se interponga el adverbio «acaso», sólo cabe la interpretación de un cuerpo armado con propósitos anexionistas. No obstante, ante una personalidad tan compleja como la de Narciso López, carente –hasta cierto punto– de un estudio más actual y desprejuiciado, cabría aún una respuesta afirmativa a la siguiente pregunta: ¿Esgrimió tales argumentos anexionistas para insuflarle valor y sentido patriótico a una tropa constituida en su mayoría por extranjeros?

En total 610 soldados de diferentes nacionalidades, en su mayoría norteamericanos y sólo cinco cubanos. Entre estos últimos se

²² La proclama está traducida al español en: Vidal Morales y Morales, "Precursores de la independencia de Cuba", en *El Figaro*, año xv, La Habana, febrero de 1899, p. 4. Parcialmente la recoge, en el original inglés, Herminio Portell Vilá, en *Historia de Cuba en relación con los Estados Unidos y España*, t. 1, La Habana, 1938, p. 433.

contaban el segundo al mando de la expedición, Ambrosio José González—quien fuera de los primeros en caer en combate— y el abanderado principal, Juan Manuel Macías y Sardiñas, ambos de Matanzas. Con fondos que provenían en su mayor parte de norteamericanos partidarios de la anexión, equipó López la expedición. Su más importante centro de apoyo fue Nueva Orleans, capital de la Luisiana, estado fronterizo al de Texas y su principal salida al mar. De esta ciudad eran las damas criollas que, siguiendo el modelo de la primera bandera bordada en Nueva York por Emilia Teurbe Tolón, esposa y prima del poeta Teurbe Tolón, concibieron la bandera cubana que portó el regimiento de Kentucky, uno de los tres que constituyeron la fuerza expedicionaria comandada por López.²³ Según testimonio de Manuel Sanguily y Arizti, la bandera era de seda y medía dos metros de largo por uno de ancho. Luego del combate, el coronel Teodoro O' Hara quiso distinguirla, y escribió en la estrella, con tinta imborrable: «*Kentucky, Primus in Cuba*». También se consignó en el triángulo y las franjas blancas el nombre del abanderado «J. M. Macías, 19 de mayo de 1850».²⁴ La bandera, por último, quedó en poder de Macías, quien años más tarde la facilitó para cubrir los restos del ilustre patriota Francisco Vicente Aguilera.

Nueva Orleans era entonces —y es— el centro de la cultura francesa en los Estados Unidos. La misma que llamó «latinos» a los americanos del centro y sur del continente, para disfrazar igual propósito anexionista. Sin embargo, la doblez de la conducta de

²³ Emilia Teurbe Tolón y Otero, esposa y prima del poeta que, a pedido de Narciso López, realizó el primer dibujo a color de la bandera cubana, le correspondió el honor de ser la primera en bordarla, lo que hizo en Nueva York. A esta ciudad había llegado —como tantos otros cubanos— desterrada, bajo la acusación de infidencia, en virtud de la orden expedida el 21 de marzo de 1850 por el Capitán General de la Isla, Federico Roncali, conde de Alcoy. (*N. del A.*)

²⁴ Manuel Sanguily y Arizti. *La bandera de Narciso López*, La Habana, 1950, p. 12.

López, una vez más, sorprende e incita a la polémica. Quienes creen ver en López nuestro primer héroe independentista, esgrimen, con esperanzadora razón, las proclamas que redactó entre 1849 y 1951, año de su último enfrentamiento con el ejército español. Entre éstas merece recordarse la de la organización constitucional de la república cubana, con la que emprendió su aventura separatista de mayo de 1850. De la misma citaremos el primer párrafo de la introducción y dos de los articulados –el 4 y 5–: «Cubanos: vamos a apresurar el día en que la patria libre e independiente tome el puesto que le corresponde entre las potencias de la tierra por sus naturales derechos y por su actual importancia y población; ese día, que ya sería ignominioso retardar, y desde el cual podremos ostentar con orgullo en el universo entero un nombre glorioso y nacional. (...) Artículo 4: En las plazas principales de las poblaciones se enarbolará la bandera de *la independencia y nacionalidad cubanas*, y todos los amantes de esa bandera deberán usar la escarapela tricolor, para reconocerse entre sí y ser reconocidos como hermanos por el ejército que la sostiene».²⁵ Y, en el quinto y último, promete: «Tan luego como sea conveniente y practicable, constituiré un Gobierno Provisional y daré publicidad a una Constitución, también provisional, que hará de ley suprema, hasta tanto que libres los pueblos de esta isla, puedan ellos conocer una Asamblea Constituyente que organice definitivamente el gobierno y constitución que convenga».²⁶ También en otras proclamas redactadas antes y durante la proyectada expedición, con el propósito de alentar a la población a incorporarse a la lucha y precipitar el momento del triunfo, entre las que no faltaron las dirigidas a los soldados de fila españoles y canarios –los más pobres del ejército colonial–, vuelve López a poner de manifiesto su ideal de

²⁵ Herminio Portell Vilá. *Narciso López y su época*. Ob. Cit., t. 2, pp. 133-134.

²⁶ *Ibíd.* p. 134.

soberanía e independencia para Cuba. De hecho, hay un discurso antes de embarcar hacia Cuba, y otro para después del supuesto triunfo de las armas expedicionarias. Y hasta puede decirse que un tercero, más personal, que sólo comparte con la madre y los compañeros de armas más allegados. De esta línea es su carta a Juan Manuel Macías, fiel amigo y futuro abanderado de la expedición, de 17 de febrero de 1850: «Mi sistema es aprovecharlo todo sin comprometer nada, con lo cual comprendo que puedo jugar aun con los que nos sean contrarios(...) yo no necesité de los banqueros ni de los políticos de aquí (de los Estados Unidos) para dar principio a la revolución de Cuba, y que me sobra con mi corazón y los sentimientos de los que lo conocen para proseguirla (la revolución) a pesar de aquellos (los del Club de La Habana), de él (Cristóbal Madan), los suyos (del Consejo de Gobierno Cubano) y los españoles».²⁷

Quisiéramos pensar que el Narciso López diseñador de la bandera, es sincero, patriota; el militar que acaudilla la expedición del *Creole*, práctico, político. Es posible que fuera así. Son dos momentos muy diferentes, aunque los dos de exaltación. Cuesta identificar al hombre que concibe tal bandera –y que la enarbola en combate– con uno que aspire a perderla a favor de otra. Es como el artista que entrega su obra a quien no la comprende ni admira. Su muerte, por heroica, bien merece tenerse en garantía de ese probable superobjetivo político que se impuso y con el cual aspiraba a redimir la patria que adoptó. Es probable que el tesón y sacrificio demostrados en la consecución de tal obra política, tuviera su explicación y levadura en el acto de desculpabilizarse de dos hechos lacerantes para cualquier hombre: la muerte de su padre a manos de la tropa de Boves –a la

²⁷ Herminio Portell Vilá. Ob. Cit. t. 2, p. 119. Las personas e instituciones entre paréntesis, son señalamientos del autor del presente trabajo, para esclarecerle al lector el sentido total de las palabras de López. (*N. del A.*)

cual se incorporó— y su abierta lucha contra los que combatían por la libertad de su patria —aunque los historiadores venezolanos coinciden en que nunca siguió a sus jefes en las crueldades que cometían con el adversario, y sí demostró siempre arrojo y valor en el campo de batalla—. Si hasta el presente nadie ha podido explicar tan contradictoria conducta de juventud —de alguna manera, también presente en las relaciones y contactos que estableció dentro y fuera de la Isla con el propósito confeso de separar a Cuba de España—, el desenlace final de su laberíntico destino, es un cierre digno para una existencia que más parece hecha para la literatura que para la historia oficial. A fin de cuentas, un hombre puede hacer historia, pero en el marco que lo permita la Historia. ¿Fue su anexionismo puramente funcional, al punto de ser considerado por los probados anexionistas un obstáculo para la incorporación de la Isla a los Estados Unidos, como así lo fue? Para concluir, una última interrogante: en el supuesto caso de que López hubiera alcanzado la independencia de Cuba, ya en el poder, ¿habría hecho el prometido plebiscito?!

VI

El 19 de mayo de 1850 ondeó por primera vez en suelo cubano el pabellón de Narciso López. No vamos a entrar aquí en los pormenores del asalto y ocupación de la ciudad de Cárdenas, que bien pueden encontrarse en todo buen texto de historia de Cuba. Diremos mejor, a tono con nuestro objeto de estudio, que ese día se puso de manifiesto la cualidad visual implícita en el estrenado pabellón, en particular, su legibilidad como símbolo: preciso y bello, audaz y ordenado, original y sobrio. Quedan testimonios del impacto que la bandera desplegada en Cárdenas causó entre la población local, aun cuando ésta no se sumó del todo a la lucha, y hasta de los versos de una dama, Cecilia Porraspita –primeros en iniciar tan frondoso tema–, por los cuales sufrió prisión:

*En lienzo blanco y lustroso
con listas color de cielo
miro un triángulo modelo
de rojo color precioso.
Es el pabellón glorioso
causa de tanta querella,
es nuestra bandera bella
que nos quiere saludar
y a la Patria iluminar
con la lumbre de su estrella.*



Narciso López al desembarcar en Playitas. (De un grabado de la época. Colección de la Biblioteca Nacional)

En este primer poema, vertido en el modelo estrófico representativo de la identidad cubana, la décima o espinela, ya se pone de manifiesto la percepción que va a transparentar su revolucionario diseño en la sensibilidad del cubano, y que la va a particularizar entre todas las banderas hasta entonces existentes: las franjas azules y blancas, el triángulo y la estrella, así como la relación metafórica entre estos tres elementos y el cielo y la luz de la Isla, a la que una y otra vez recurrirá la poesía cubana de todos los tiempos cuando de cantarle a la bandera se trate.

Tampoco el enemigo olvidó la visión de tan ejemplar bandera, aun cuando la vio ondear en el fragor del combate, si nos atenemos a la descripción que de ella hiciera *El Diario de la Marina* del 24 de mayo de 1850, al comentar lo que dio en llamar «ridícula invasión». Mientras que el gran artista e integrista español Víctor Patricio de Landaluz, al dar de oídas en una litografía su testimonio visual de los hechos, mal representa, por primera vez, a la futura enseña nacional de Cuba, al dibujarla con cinco franjas azules y seis blancas para un total de once. (¿Estaba en el subconsciente del artista o del que se la describió la norteamericana?) En dicha estampa, sin embargo, están correctamente plasmados el triángulo y la estrella, lo que bien habla a favor de la singularidad de esta forma geométrica en la bandera, a la que ya Cecilia calificara en sus versos de «modelo», así como su alto grado de retención visual, aun para aquellos que la observaron por primera vez con desdén.

La propaganda española, con el propósito de capitalizar a su favor la supuesta victoria obtenida sobre las fuerzas invasoras, le dio buena cobertura periodística a los hechos ocurridos el 19 de mayo en Cárdenas. Sin embargo, para los cubanos que ya empezaban a ver la causa del separatismo como la vía para superar la situación de crisis política y social por la que venía atra-

vesando la Isla desde hacía años, este despliegue informativo causó un efecto contrario. En todas las regiones de Cuba despertó vivo entusiasmo la toma de Cárdenas por Narciso López. Asimismo, la bandera que había enarbolado. La comentada litografía de Landaluze, aun con su garrafal error en cuanto al número de franjas, también contribuyó a que se diera a conocer por toda la Isla. Tampoco faltó la comunicación oral. A la descripción más o menos fiel de la bandera –de la que se sirvió Landaluze–, contribuyó con mucho las particularidades de su diseño. No era una bandera más. Además, había ondeado... Luego, existía. Con ella se empezaron a identificar todos aquellos que, independientemente de sus posiciones políticas y de clase, ya entendían que la solución del problema cubano sólo podía venir de su separación de España.

Con el fracaso de la última tentativa expedicionaria de López por Pinar del Río, y de su muerte en garrote vil en la explanada de La Punta, en La Habana, el primero de septiembre de 1851, la trayectoria de lucha de la bandera que él había diseñado, apenas comenzaba. Toda conspiración y levantamiento armado ocurrido entre 1851 y 1855, la adoptó y levantó. A saber, el alzamiento de Joaquín Agüero en Camagüey y el de Isidoro Armenteros en Trinidad, ambos a mediados de 1851; la abortada conspiración llamada de Vuelta Abajo (1852), la del liberal catalán Ramón Pintó (1854) y la del gallardo joven matancero Francisco Estrampes (1855).

La oposición del gobierno de Estados Unidos a incorporar por la fuerza a Cuba (política de la fruta madura), y la de los gobiernos de Inglaterra y Francia a que ésta pasara a ser un estado más de la Unión, decepcionó a los últimos anexionistas. A lo que se sumó un período de relativa prosperidad económica para los sectores comerciales y profesionales de la colonia. Y aunque en

su fuero interno una parte importante de la población criolla siguió siendo separatista, el momento fue más que propicio para la política de apaciguamiento de aquellos que buscaban paliar y hasta revolver la situación de la Isla por vía de las reformas.

El reformismo, en tanto guerra de ideas, sería la vía política dominante por casi un decenio (1856-1866). Mas, el comienzo satisfactorio de la nueva tendencia concluyó también en frustración, cuando la llamada Junta de Información rechazó las reformas políticas, sociales y económicas propuestas y expuestas de manera brillante por los más notables reformistas cubanos. La tozudez del gobierno colonial español en lo tocante a tales reformas, más la derrota de los estados Confederados del Sur en la Guerra de Secesión norteamericana (1861-1865)—entre los cuales se encontraban los de Tejas y Luisiana— terminaron por radicalizar la evolución política del separatismo. A veinte años de la primera conspiración de Narciso López, el separatismo, por las causas antes expuestas y por su propia trayectoria histórica, se manifestó de nuevo por un cauce francamente independentista. En consecuencia, devino el único movimiento decidido a separar a Cuba de España por vía del enfrentamiento armado; pero —y he aquí su gran diferencia en relación con los movimientos separatistas anteriores— con los recursos y esfuerzos propios del pueblo cubano. Dos años después, el 10 de octubre de 1868, esa determinación alcanzó plena expresión en el ingenio La Demajagua... Y en otra bandera.



Narciso López y sus expedicionarios. (Dibujo de Landaluze. *Libro de Cuba*, 1925)

VII

Para Carlos Manuel de Céspedes *su* bandera tenía que nacer fuera de toda duda, en consonancia con el carácter francamente independentista y revolucionario de la guerra que iniciaba. Con tal propósito, según refiere Maceo Verdecia, «después de despachar varios emisarios citando a los patriotas de aquellos conornos para una reunión urgente en La Demajagua, la idea que le obsesionaba era la confección de la bandera con la cual iba a iniciar el levantamiento. Adoptó por fin la de Narciso López cuyos colores recordaba. Con ese propósito despachó tres correos a Manzanillo para comprar allí las telas correspondientes. A cada uno de los correos le dio el encargo de un color distinto, no tan sólo para mayor seguridad, sino para eludir toda sospecha, caso de que los colores se obtuviesen en un mismo establecimiento». Puestos a la obra, «ninguno logró dar con la combinación de colores; vencidos acordaron modificar la resolución adoptada por Céspedes y pronunciarse por una bandera improvisada». ²⁸ Hasta aquí el testimonio autorizado de José Maceo Verdecia, y que coincide con el que diera el hijo de Céspedes, Carlos Manuel de Céspedes Quesada, siete años atrás en París. ²⁹ No obstante, desde entonces a la fecha, en torno a este hecho se ha especulado tanto como sobre las causas que llevaron a Céspedes a adelantar la fecha del levantamiento ar-

²⁸ José Maceo Verdecia. *Bayamo*, Manzanillo, 1936, t. I, p. 124.

²⁹ Carlos Manuel de Céspedes Quesada. *Las banderas de Yara y Bayamo*, Editorial Le livre libre, París, 1929.

mado contra el régimen colonial. Aquí, por supuesto, es del mayor interés el primero de los aspectos, y no el segundo. Con motivo del Centenario de la Bandera (1950), historiadores de la talla de Ramiro Guerra, Herminio Portell Vilá, Enrique Gay Calbó y Emilio Roig de Leuchsenring, entre otros, no dieron como aceptables los argumentos de Maceo Verdecia y de Céspedes hijo. Es comprensible que nadie recordara la bandera ideada por el bayamés Joaquín Infante en el ya distante 1810, tal y como afirma en otra parte de su testimonio Maceo Verdecia. Pero es poco probable que ni Céspedes ni los complotados convocados por él al ingenio La Demajagua aquel glorioso 10 de octubre, no lograran recordar con exactitud el diseño por el cual quedaban dispuestos los colores en la bandera de López. Si algo de particular tenía ésta, es que una vez vista no se olvidaba. Céspedes y sus seguidores eran francmasones como López, para olvidar diseño tan singular como cargado de simbolismo para ellos. Además, todos los patriotas, de una forma u otra, tenían conocimiento de la bandera, tal y como quedó demostrado poco después en los levantamientos armados ocurridos en Camagüey y Las Villas, y, por último, en la Asamblea de Guáimaro. «¿No es más probable —se pregunta Emilio Roig de Leuchsenring—, (...) que al llegar el momento de elección de la bandera representativa del movimiento revolucionario por él encabezado, sin contar de manera expresa con los grupos revolucionarios de Bayamo y Camagüey, deseara enarbolar una enseña, original y propia, hasta entonces no utilizada por otros patriotas separatistas...?»³⁰ Creemos que sí. En la historia del movimiento independentista hispanoamericano y, por extensión, del cubano, dar gritos de emancipación y diseñar banderas se había convertido en una verdadera tradición. Céspedes, al igual que otros líderes de conspiraciones anteriores, incluido López, no se po-

³⁰ Emilio Roig de Leuchsenring. Op. Cit. p.109.

día pasar, en hora tan gloriosa, sin una bandera propia. Pero si algo hay que señalarle a este hombre más que ejemplar, superior, Padre de la Patria, fue su escaso talento para diseñar la bandera.

¿Por qué se inspiró en la de Chile? Está más que demostrado el apoyo que recibiera la causa del independentismo cubano de esta república hermana. Entre los primeros en apoyarla estaba el patriota chileno Benjamín Vicuña Mackenna, quien a través de su periódico *La voz de América*, editado en Nueva York, venía haciendo propaganda a favor de la independencia de Cuba desde mucho antes de los hechos de La Demajagua. Pero, es en su condición de enviado extraordinario de Chile en los Estados Unidos, que tuvo un protagonismo más directo con los cubanos comprometidos con tales propósitos independentistas. Sus vínculos con la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico, fundada el 21 de diciembre de 1865 en Nueva York, le permitió entrar en contacto con su líder, Juan Manuel Macías –ex miembro de la expedición de Narciso López y principal abanderado de la misma–, la que le dio amplios poderes para hacer toda clase de gestiones en aras de llevar a costas cubanas nuevas expediciones; llegándose, incluso, en algún momento del proyecto a manejarse la posibilidad de desembarcar tropas chilenas en Cuba. Chile y Perú, por entonces, veían en la lucha del pueblo cubano por su independencia un nuevo frente contra España, el que a la postre contribuiría a alejar de sus costas el peligro de un nuevo bloqueo naval, con grave perjuicio a sus respectivas economías. La preocupación latente en los gobiernos de ambos países, no era infundada. Entre 1865 y 1866, una escuadra española había intentado apropiarse de las ricas islas guaneras del Perú, y más tarde bloqueó los principales puertos de Chile. En consecuencia, los dos países agredidos firmaron un tratado de alianza, que coronó el exitoso combate de la flota mixta chileno-peruana contra la escuadra agresora en aguas del

archipiélago de Chiloé. En 1866, y a tenor con tal situación bélica, el gobierno chileno le ofreció a los conspiradores cubanos su pabellón para los buques que pudieran armar en corso. He aquí el testimonio del propio Vicuña Mackenna al respecto: «...i conforme a mis instrucciones le ofrecí el apoyo de nuestra bandera, si conseguíamos echar corsarios en el mar de las Antillas i el de nuestro oro (...) dado caso que ellos (los de la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico) intentasen una expedición armada...»³¹ En tanto, el pueblo mexicano, liderado por Benito Juárez, luchaba nuevamente por su independencia, enfrentándose a los invasores franceses. Una Cuba independiente o, al menos, levantada en armas con tal fin, era la mayor garantía de libertad para las jóvenes repúblicas del continente, atacadas o acosadas por las nuevas exigencias imperialistas de sus otrora metrópolis coloniales. En este contexto, a los exiliados cubanos se les hizo tan evidente las nuevas perspectivas de cooperación que se le abrían con el gobierno chileno que, en su entusiasmo, optaron por «chilenizar» el escudo cubano, el que por entonces ostentó en uno de sus flancos la bandera del país hermano.³² Estos proyectos y contactos fueron del conocimiento de los elementos separatistas dentro de la Isla, sin los cuales era imposible coordinar cualquier levantamiento armado en ella. Y, por supuesto, de Carlos Manuel de Céspedes. De todo lo cual se infiere, que esta fuera la fuente inspiradora de la bandera que aquel diseñó

³¹ Benjamín Vicuña Mackenna. "La independencia de Cuba y Puerto Rico", en *Diez meses de misión a los Estados Unidos de Norte América como agente confidencial de Chile*, Santiago de Chile, 1867, t. 2, pp. 59-60.

³² Miguel Teurbe Tolón, quien dibujó la bandera de Narciso López, fue el creador del escudo nacional de Cuba. Influidor por la tendencia anexionista, en un inicio, puso a ambos lados de éste la bandera de López y la de los Estados Unidos de América. Es, justamente, este último pabellón, el que, por entonces, será sustituido por el de Chile. La bandera de Chile fue adoptada el 18 de octubre de 1817, y su diseño se basó en un decreto del general Bernardo O' Higgins. (*N. del A.*)

e hizo tremolar el 10 de octubre de 1868, tal y como se constata «en el trabajo del Coronel Fernando Figueredo (...) que Céspedes poseía en un cuadro la bandera de Chile en su ingenio La Demajagua».³³ Con la constitución de un gobierno republicano en Guáimaro, en abril de 1869, Chile y México fueran las únicas dos naciones en reconocer de inmediato la beligerancia de los cubanos. En el caso de México, las gestiones corrieron a nombre de los poetas Juan Clemente Zenea y Pedro Santacilia —este último, yerno de Benito Juárez, primer presidente indígena de América—, quienes tenían la representación de los camagüeyanos en este país y habían formado parte de la membresía de la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico en Nueva York.

Como tantas otras veces en la historia de las banderas, Céspedes comprendió que la chilena, por diseño y color, se diferenciaba ostensiblemente del otro referente tricolor al que podía recurrir: la de Venezuela. En el caso de esta última y ejemplar enseña, estaba más que justificada su objeción: su parecido con los pabellones de las repúblicas de Colombia y Ecuador, la hacía en demasía susceptible de provocar confusión en una acción naval o de otro tipo; restándole, además, la necesaria identidad visual que debía reclamar una empresa bélica como la que proyectaba. Así las cosas, llegado el momento de diseñar la bandera de *su* levantamiento armado, previa decisión de descartar la de López, bien por olvido o por los argumentos antes esgrimidos, optó por la de Chile, pero con dos de los colores invertidos: el rojo y el azul, para que no fuera una copia al calco. Esta inversión de colores, sin embargo, favoreció una continuidad con respecto a la de Narciso López. Y una particularidad: las únicas dos banderas hasta entonces en tener en campo rojo (triángulo en la de López, cuadrado en la de Céspedes) una estrella blanca de cinco puntas.

³³ Manuel Sanguily y Arizti. *La bandera de Bayamo*, La Habana, 1928, p.29.

La regla, dictada por la heráldica, imponía que toda bandera que hiciera uso de estrellas las ubicara en campo azul, representación simbólica del cielo desde los tiempos de los faraones, tal y como se observa hoy día en el techo de la tumba de Nefertari, esposa de Ramsés el Grande. En la primera del continente americano, la de los Estados Unidos, se concibió así. Le siguieron la venezolana y la chilena. Otro tanto sucedió con la bandera del estado de Tejas y la de los Estados Confederados durante la Guerra Civil. La primera levantada por los independentistas puertorriqueños en el llamado Grito de Lares (1868), se diseñó a semejanza de la de República Dominicana, nación hermana que había alcanzado la independencia en 1844, y cuyo gobierno apoyó el citado levantamiento dirigido por don Emeterio Betances. De la dominicana tomó la cruz blanca y los colores rojo y azul; pero, a diferencia de ésta, los dos recuadros superiores fueron azules, y los dos inferiores rojos. En este caso, también la estrella blanca de cinco puntas que ostentó, se ubicó en el recuadro azul izquierdo.

Las dos banderas cubanas, la de López y la de Céspedes, iban contra lo establecido por la heráldica. Mas, es la excepción lo que sobresale, no la regla. Sus autores, con manifiesto conocimiento de lo que significaba la estrella, fueron conscientes de que incurrían en «herejía» al ubicarla en campo rojo.³⁴ A fin de cuentas, los cubanos siempre la vieron –y verían– como la que José María Heredia elevó a la jerarquía de símbolo primero de la embrionaria patria, cuando, en el contexto político de la conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar, identificó el astro que brilla con luz propia con el ideal de independencia política y económica que aspiraban para Cuba.

³⁴ Los principios de la heráldica –ciencia de blasones y armería– fueron conocidos por los patriotas americanos diseñadores de banderas, sobre todo, por aquellos que vivieron en Europa, en particular en España, como Francisco de Miranda, Manuel Belgrano, Narciso López y el propio Carlos Manuel de Céspedes. (*N del A*)

Vistos los hechos a la distancia de siglo y medio, cabe preguntarse: ¿qué cubano no hubiera querido para el bautismo de fuego de la bandera de López, la épica que particularizó el contexto histórico en la que nació la de Céspedes? Pero la historia no es como se sueña, sino como se hace. La bandera de ejemplar diseño, por consiguiente, todavía le quedaría superar el mayor de los obstáculos con que se tendría que enfrentar desde su origen, para su consagración definitiva como enseña nacional de los cubanos.

La noticia del alzamiento de Céspedes desconcertó a los demás revolucionarios –acordado para el 24 de diciembre–, especialmente a los bayameses; pero el patriotismo de éstos les lleva a secundar el movimiento bajo el liderazgo de aquél. Poco después, todas las fuerzas involucradas en la conspiración independentista ya estaban en pie de guerra. Se consideró entonces indispensable redactar y aprobar la constitución que regiría los destinos de la nueva república, para lo cual se convocó a las figuras más prominentes de la revolución a reunirse en el poblado de Guáimaro, limítrofe entre el Camagüey y el Oriente. La Asamblea Nacional de Guáimaro, en su tercera y última reunión, del 11 de abril de 1869, abordó el punto relativo a la bandera que adoptaría la República de Cuba en armas. El debate, como era de esperarse, fue intenso. El mismo giró en torno a las dos banderas hasta entonces desplegadas por los cubanos en sus luchas contra el colonialismo español: la de Narciso López y la de Carlos Manuel de Céspedes. La de López, con todas las reservas que podía acarrear en una de las partes presentes –particularmente, entre los representantes del Oriente, partidarios de la de Céspedes–, había llegado hasta allí limpia de cualquier rémora anexionista, es decir, en paridad de igualdad con el pabellón oponente. Levantada por los mártires camagüeyanos y trinitarios en 1851, había sido de nuevo sím-

bolo de lucha de los patriotas cubanos que habían secundado el levantamiento armado del departamento oriental, aun cuando éste había tenido un carácter regional. Expliquémonos.

Para evitar las delaciones que habían hecho abortar tantas conspiraciones pasadas –corrían rumores sobre tal posibilidad–, Céspedes y sus seguidores decidieron adelantar la fecha del levantamiento sin previo acuerdo con los líderes de las restantes regiones. Con este acto, como es de comprender, los orientales asumieron el liderazgo de la guerra, desmarcándose de las restantes fuerzas patrióticas comprometidas con el levantamiento armado en los departamentos de Camagüey y Las Villas. Sin embargo, en Guáimaro, la aprobación de la tesis de la «tiranía del número», propuesta por el joven abogado habanero Antonio Zambrana, a partir de la cual cada departamento representado en la Asamblea Constituyente tendría un número igual de representantes, finalmente, permitió que camagüeyanos, villareños y occidentales logaran controlar la asamblea. Sin obviar un hecho reciente que aún gravitaba sobre los allí reunidos: la bandera del triángulo y la estrella había servido de sudario a los restos mortales de Gaspar Betancourt Cisneros, «El Lugareño», patriarca del Camagüey, guía e inspirador en esta región de las primeras ideas separatistas y relacionado en el exilio con Narciso López, de quien había llegado a decir en 1854, en Nueva Orleans, en un discurso por el aniversario de los primeros mártires de la libertad de Cuba, «que no había querido la anexión».³⁵

Sobre estas bases, como era de esperarse, establecieron el debate los favorecedores de la bandera de López. Eduardo Machado, representante por Las Villas, hizo la propuesta. Esta fue

³⁵ Delivered at the celebration of the Third Anniversary in Honor of the Martyrs for Cuban Freedom, Nueva Orleans, 1854, p.6. Citado por Herminio Portell Vilá. Ob.Cit. t2, p.129.

apoyada por Honorato del Castillo. Le siguió Antonio Lorda, también villareño, quien convino en la necesidad de establecer un pabellón único, «puesto que una es la causa que todos defendemos, y uno solo ya el gobierno de toda la Isla». Pero, a su turno, tanto Lorda como José María Izaguirre, abogaron por sustituir el color rojo del triángulo, por el azul, con el propósito de adecuarla a las leyes de la heráldica y, por consiguiente, las franjas azules por rojas. «El cubano no llega, y si llega se pasa». Traemos a colación la célebre frase, atribuida al generalísimo Máximo Gómez, porque si bien Lorda ya estaba a punto de pasarse, Izaguirre se pasó por completo, cuando, a la antedicha propuesta, sugirió reducir las franjas a dos: una blanca y otra roja. O sea, la bandera de Tejas, pero con triángulo. O la actual enseña nacional checa, con estrella.

Nunca antes estuvo en mayor peligro la bandera de López de sucumbir ante las reglas de la heráldica y los prejuicios de quienes la obedecían. Lo que no había hecho en su momento el movimiento anexionista, parecía querer hacerlo el independentista. Justo entonces, Ignacio Agramonte pidió la palabra. Se refirió al pasado de lucha que ya podía ostentar con orgullo la bandera concebida en 1849. Recordó, además, que también ellos la habían enarbolado cuando dieron su grito de guerra en el Paso de las Clavellinas, y con ella al frente habían marchado las tropas villareñas que se incorporaron a las del Camagüey. En este momento de su intervención, Agramonte alzó la voz, para condenar el acatamiento hecho con anterioridad por Lorda e Izaguirre a las leyes de la heráldica, principal argumento esgrimido por ambos para cambiar el diseño original, ya que si bien tales leyes «arreglaban los blasones y los timbres de los reyes», la República podía «gloriarse en desatenderlas intencionalmente».³⁶ Céspedes exhortó a los presentes a que no se olvidasen de los triunfos de la enseña enarbolada en los campos de Yara, ni se agraviasen

los títulos adquiridos por el departamento Oriental. Por último, intervino Antonio Zambrana. Su exposición, de gran fuerza y belleza, fue determinante. Para Zambrana, «el abrazo de los tres departamentos (Oriente, Centro y Occidente), sellando la ventura y la libertad de la patria común, acababa con los intereses y sentimientos que los habían dividido, por lo que todos debieran estar conformes en decidirse por la bandera ensangrentada de 1851, porque era testimonio glorioso de que los cubanos se hallaban hacía tiempo combatiendo la opresión».³⁷ La bandera del «triángulo modelo» –como la había llamado dieciocho años atrás la joven Cecilia Posrrapita–, fue aprobada por todos los presentes. A favor de su elección habían obrado las intervenciones de dos de los más prominentes abogados del momento revolucionario, autores de la recién creada carta magna de la nueva República: Ignacio Agramonte y Antonio Zambrana. También es de tener en cuenta, en honor a la verdad y a Céspedes, que éste concurrió a Guáimaro con la suficiente disposición política como para acceder a cualquier demanda que, como resultado de la puja entre las tendencias patrióticas allí reunidas, pudiera dar al traste con la unidad de los revolucionarios cubanos. Con la constitución de Guáimaro concluyó, al menos en apariencia, la pugna entre las tendencias políticas representadas por Céspedes y Agramonte. Y algo muy importante: se extirpó definitivamente cualquier vestigio que pudiera quedar de la tendencia anexionista. A partir de aquí, todo el que se levantó en contra del gobierno colonial español dentro y fuera de la Isla, lo haría con la conciencia plena de que iba a luchar y a morir por la total independencia de Cuba. De tal suerte, la integridad de la bandera de López no sólo se salvó, sino que la asamblea nacional o cámara constitu-

³⁶ Acta sesión pública del 11 de abril de 1869, en *El Cubano Libre*, segunda época, Camagüey 15 de julio de 1869.

³⁷ Emeterio Santovenia y Néstor Carbonell. "La revolución de Yara", en *El libro de Cuba*, La Habana, 1925, pp. 81-82.

yente acordó que esta fuera «la bandera que debía simbolizar la revolución en toda la Isla». No obstante, ello no fue óbice para que se le hiciera justicia a la bandera de Céspedes, ya nombrado por unanimidad presidente de la República de Cuba en armas. Fue el propio Zambrana quien propuso que el primer acuerdo que tomara la recién constituida Cámara de Representantes, fuera «disponer que la gloriosa bandera de Bayamo se fije en la sala de sus sesiones y se considere como una parte del tesoro de la República». Y así se hizo. La bandera llevada a Guáimaro por las fuerzas de la División Bayamo que había escoltado a Céspedes hasta dicho poblado, fue entregada al día siguiente por el general Pedro Figueredo, blasonando desde entonces «el testero del estrado presidencial».

En la elección, como se ve, predominaron criterios políticos e históricos. Obviamente, el diseño no era lo más importante en tales momentos, ni lo sería después. Sin embargo, en lo que a este punto atañe, quiso la vida que eligieran la mejor, legándole a Cuba y al mundo una de las banderas mejor diseñadas de todo el siglo xix. En la guerra, «se lavó en sangre», al decir de Martí, en franca alusión a su supuesto origen anexionista, no del todo compartido por otros independentistas. En cualquier caso, él tuvo un amor a primera vista con la bandera de López. El 11 de febrero de 1873, al proclamarse la República española, en gesto audaz, la colgó del balcón de la modestísima posada donde residía en Madrid. Cuenta Nicolás Heredia, «que el pueblo la miró con extrañeza, mas sin ira. En medio de todo, se trataba de una novedad, de una impresión inesperada, de unos colores lindamente combinados. La estética se impuso y la audacia quedó impune. Los periódicos dijeron que había llamado la atención y nada más».³⁸ Con los años –y hasta nuestros días–, Martí y la bandera de López han devenido una misma imagen identitaria del ya más que centenario proceso revolucionario cubano.

La invitada de la luz

Digamos, que la estrella de cinco puntas se apegó cada vez más a su triángulo rojo, separándose definitivamente del camino que había elegido la tejana. Bella como pocas, ondeó en las batallas, para devenir por siempre «la bandera de la estrella solitaria». Así la llamaron los ideólogos del independentismo, en clara advertencia a todo movimiento o tendencia política contraria, nativa o foránea, que quisiera apropiársela. Así, todo cubano quiso expresar con palabras lo que sentía por dentro al verla ondear en el cielo purísimo de la patria.



³⁸ Nicolás Heredia. "La estrella solitaria en Madrid", en *Cuba y América*, Nueva York, mayo 15, 1897.

VIII

La entrada de los Estados Unidos en la última gran guerra que librarán los patriotas cubanos contra España en lo que iba de siglo, concluirá con la derrota final de ésta y la intervención norteamericana en la Isla de 1898 a 1902. Durante este período el gobierno interventor no autorizó izar la bandera cubana en edificio público alguno, salvo aquellos lugares donde en un principio se albergó el Ejército Libertador.³⁹ La poesía, una vez más, habló por los que no tenían voz:

Al volver de distante ribera,
Con el alma enlutada y sombría,
Afanoso busqué mi bandera
¡Y otra he visto, además de la mía!

El poema *Mi bandera*, del matancero Bonifacio Byrne, y del que sólo transcribimos la primera cuarteta, devino entonces, como ningún otro documento o manifestación literaria relacionada con

³⁹ El Ejército Libertador permanecía acampado en las afueras de los pueblos y ciudades, debido a que las autoridades del ejército de ocupación norteamericano habían decretado la prohibición de que se entrase a las zonas urbanas con armamentos, insignias o en formación militar. Unos 50 000 hombres que habían combatido al poder colonial, hambrientos y semidesnudos, resultaban marginados en la patria por cuya libertad habían combatido. Esta actitud mostraba la clara intención de los ocupantes de no reconocerlos como fuerza política representativa del pueblo cubano. Francisco Pérez Guzmán. "La Revolución del 95", en *Historia de Cuba*, Editorial Félix Varela, La Habana, 2003, t. 2, p. 539.

La invitada de la luz

el tema por la época, expresión perdurable del verdadero sentir del pueblo cubano y del nuevo estado en que se tenía a su ya gloriosa enseña. En efecto, del primero de enero de 1899 al 20 de mayo de 1902, fue izada la bandera cubana con carácter oficial sólo en tres ocasiones: el 5 de noviembre de 1900, en un asta colocada en el edificio del teatro Irijoa (actual Martí), al ser inaugurada la Convención Constituyente, que debía redactar y votar la constitución de la nueva república; el 11 de mayo de 1902, en el Morro de La Habana, cuando hace su entrada el vapor *Julia*, en que venía don Tomás Estrada Palma para tomar posesión de la presidencia; y el 15 de mayo de 1902, proclamación por el Congreso del nuevo presidente en el edificio del antiguo Apostadero de la Marina, donde radicaba la Cámara de Representantes, luego sede del Ministerio de Educación.

El 20 de mayo de 1902, a las doce del día, fue arriada la bandera de los Estados Unidos e izada por manos libertadoras la de Narciso López en el palacio de los Capitanes Generales –sede del gobierno cubano– y en el mástil de honor del Morro de La Habana.

Justo al frente de la fortaleza insignia de la capital cubana, en la explanada de La Punta, donde se le diera muerte en garrote vil a Narciso López, ahora, el pueblo cubano allí reunido, daba vítores a su bandera. Un día antes del señalado, pero de 1850, había ondeado por primera vez en suelo patrio. Cuarenta y cinco años más tarde (19 de mayo de 1895), entraría de nuevo en la historia de Cuba por la caída en Dos Ríos de nuestro Héroe Nacional.

López y Martí desembarcaron en Cuba por lugares de la costa norte y sur, respectivamente, que tienen por primer nombre el de Playitas, para morir heroicamente en combate frontal con el ene-

migo. Antes de enfrentar al verdugo, López dijo: «Mi muerte no cambiará el destino de Cuba.» Momentos antes de partir rumbo a Santo Domingo, donde lo aguardaba Máximo Gómez, para juntos iniciar la guerra necesaria, escribió Martí al Club 10 de Octubre de Puerto Plata: «Estamos haciendo obra universal. Quien se levanta hoy con Cuba, se levanta para todos los tiempos». Más que curiosidades, tales «coincidencias» parecen anunciar ese gran destino, que sólo cabía esperar para una bandera tan bella y un pueblo tan heroico.



IX

Consciente del carácter pictórico abstracto de casi todas las enseñas nacionales, la cubana, por todo lo dicho hasta aquí, inicia un nuevo tipo de abstracción, cuyo valor de símbolo nos place y llena de orgullo no sólo en relación con aquellos otros valores de tipo personal e histórico que la involucran con la trayectoria de la patria y la de los hijos que la hicieron, sino también por su diseño sobrio y de explícito dominio en lo formal y conceptual, cuya originalidad como mensaje visual –en estado puro– nos enaltece y compromete. Su diseño fue y es referente obligado de madurez proyectual para el pueblo que representa. Su influencia en otras banderas de la modernidad, es evidente.

Primera en hacer uso del triángulo equilátero y en ir contra las leyes establecidas por la heráldica en cuanto al uso del color y la estrella que ostenta. Su originalidad y belleza, fuera de toda duda, la homologa con otras banderas de ejemplar diseño, como la estadounidense, la francesa, la británica y la japonesa, entre otras. En este sentido, no son pocas las banderas de las nuevas naciones venidas al mundo antes y durante el pasado siglo, que se inspiraron en el patrón de diseño creado por la cubana. No deja de ser sintomático, que los primeros países en asumir tal referente, fueran las otras dos colonias que perdió España a manos de los Estados Unidos a fines del siglo xix: Puerto Rico y Las Filipinas.

La primera y más evidente apropiación en cuanto al referente apuntado, es la de Puerto Rico. Los vínculos entre el movimiento independentista cubano y el puertorriqueño, reafirmados por Martí en el primer artículo de las Bases del Partido Revolucionario Cubano, se hicieron más que evidentes cuando este último movimiento eligió para su pabellón el diseño de la bandera cubana, pero con los colores invertidos. Existen varias versiones sobre el autor de la citada bandera. J. M. de Torreforte, vicepresidente de la Sección Puerto Rico del Partido Revolucionario Cubano, se la atribuyó a Francisco González Marín, quien en carta escrita desde Jamaica, le sugirió tal idea. Robert H. Tood aseguró que fue Manuel Besosa, miembro de la directiva de la citada Sección. No obstante, desde la celebración del centenario de la bandera puertorriqueña, en 1995, son cada vez más los investigadores y estudiosos del tema que dan en señalar a Antonio Vélez Alvarado, como autor de la bandera. Criterio al cual nos adscribimos, y que valida su trayectoria como patriota.

Amigo de José Martí, su actividad patriótica en Nueva York —al igual que la de todos sus compatriotas en el exilio— se manifiesta en su compromiso militante con la lucha por la independencia de Cuba, en tanto vía para alcanzar la de Puerto Rico. Esta hermandad revolucionaria venía desde los años en que Narciso López concibiera la futura enseña nacional de los cubanos. La primera bandera de Puerto Rico, levantada en el poblado de Lares semanas antes que la de Céspedes en Yara, se había diseñado bajo la influencia de la de República Dominicana, en reciprocidad al apoyo que esta nación hermana le había dado al movimiento independentista borinqueño. El autor y líder del abortado levantamiento armado contra España, Emeterio Betances, había jurado entonces «trabajar hasta la muerte contra el despotismo español, a favor de la independencia de las Dos Antillas». Este legado fue recogido por José Martí. Su gran obra

política: el Partido Revolucionario Cubano, heredero de una tradición de lucha de más de medio siglo, no dudó en adoptar la bandera de Narciso López.

Adscritos al Partido, se organizaron clubes en todas las ciudades importantes de los Estados Unidos, desde Cayo Hueso a Nueva York. Uno de estos clubes fue organizado por Sotero Figueroa, Antonio Vélez Alvarado y Pachín Marín. El núcleo revolucionario de los puertorriqueños fue inscrito con el nombre de Club Borinquen. Y Vélez Alvarado fue su vicepresidente. Inspirado en el apostolado de Martí, a cuya causa contribuyó con su imprenta, donde compusieron los primeros números de *Patria*, se inspiró también en la bandera de los cubanos. He aquí el testimonio de Vélez Alvarado: «La tarde del 11 de junio⁴⁰ estaba sentado frente al escritorio cuando tuve la visión que invertía los colores de la bandera cubana que tenía desplegada en la pared. Poseído por tal visión corrí a la farmacia del puertorriqueño don Domingo Peraza, compré papel de seda de los tres colores y confeccioné la bandera, tal como la había imaginado. Llevé el diseño a una vecina llamada Micaela Dalmau y ella buscó tela de los tres colores y cosió la primera bandera puertorriqueña».⁴¹

Esa noche, Vélez Alvarado invitó a José Martí a cenar en casa de Micaela, quien, por iniciativa de aquél, había ocultado la ban-

⁴⁰ Aunque Vélez Alvarado no hace referencia al año en su testimonio, se acepta el de 1890. No obstante, hay otros que dan como cierto el de 1891. De ser este último, habría una correspondencia cronológica entre la creación del Partido Revolucionario Cubano y la bandera puertorriqueña. (*N. del A.*)

⁴¹ Ángel L. Vázquez Medina. *Un maniateño diseñó la bandera de Puerto Rico*, s/f. Todo lo relativo al testimonio de Antonio Vélez Alvarado, forma parte de los contenidos del citado texto de Vázquez Medina, enviado por e-mail al autor de este trabajo por Benigno Delgado Delgado, Presidente de la Comunidad de Residentes y Descendientes Puertorriqueños en Cuba.

dera bajo un pedazo de tela. «Después de la cena –recuerda Vélez Alvarado–, que compartieron con otras personas, la señora Micaela se sentó al piano y tocó *La Borinqueña*,⁴² a la vez que se exhibía la bandera que se acababa de crear. Martí la aceptó, y no tardó en aparecer en diferentes ventanas de la comunidad». Y concluye Vélez Alvarado: «La idea no fue bien recibida por todos porque un cubano llamado Enrique Trujillo, el que combatía a José Martí en un periódico llamado *El Porvenir*, se dedicó a incitar a los cubanos contra él, diciéndoles que la nueva bandera era un ultraje a la de Cuba».⁴³ Tal infamia, por supuesto, no prosperó entre los independentistas cubanos y puertorriqueños. El 22 de diciembre de 1895, en el Chimney Corner Hall, en Nueva York, un grupo de puertorriqueños constituidos en la Sección Puertorriqueña del Partido Revolucionario Cubano, acordó que la bandera cuya autoría había reclamado Antonio Vélez Alvarado, sería el pabellón que sus partidarios llevarían a Cuba. Y así se hizo. La intervención de los Estados Unidos en la guerra que libraban cubanos y puertorriqueños contra España, concluyó con la derrota de ésta y la ocupación militar de ambas islas. Como consecuencia, los miembros de la Sección Puertorriqueña del Partido Revolucionario Cubano, la declararon disuelta. Acción que justificaron con el argumento de que la ocupación norteamericana de Puerto Rico, había logrado alcan-

⁴² *La Borinqueña* está considerada el Himno Nacional de Puerto Rico. Música de Félix Astol y letra de Lola Rodríguez de Tió. (*N. del A.*)

⁴³ También con Enrique Trujillo y su periódico *El Porvenir*, se relaciona el más fuerte ataque público hecho a Martí a raíz de proclamar éste el Partido Revolucionario Cubano, entre otras razones, por considerar su estructura "personalista y dictatorial", dados los altos poderes concentrados, a su juicio, en el Delegado. Trujillo no cesó en su oposición hasta la muerte de Martí, por lo que fue fuertemente rechazado por la mayoría de los patriotas. El 29 de abril de 1892, el Cuerpo de Consejo de Nueva York lo desautorizó públicamente y lo expulsó del Partido. *El Porvenir*, por último, se dejó de leer en las tabaquerías de La Florida, en actitud solidaria de los obreros con Martí. (*N. del A.*)

zar los fines para los que la mencionada Sección se había creado. Sin embargo, Eugenio María de Hostos, haciendo caso omiso a tal disolución, fundó la Liga de Patriotas y, con ella, retomó la bandera. Pedro Albizu Campos la convirtió en enseña del Partido Nacionalista Puertorriqueño. Blanca Canales la levantó al proclamar la República de Puerto Rico en Jayuya, en 1950. Y Lolita Lebrón la desplegó durante el ataque al Congreso de los Estados Unidos, en 1954. El 25 de julio de 1952, cuando Puerto Rico se convierte en Estado Libre Asociado, el pabellón de Vélez Alvarado fue oficialmente declarado enseña nacional. No obstante, desde entonces hasta hoy prevalece una condición: la bandera no ondea a menos que sea en compañía de la de los Estados Unidos de América.

En un inicio la simbología del triángulo de la bandera puertorriqueña también se asoció con los ideales revolucionarios de Libertad, Igualdad y Fraternidad. No obstante, la inversión de colores que obró en su concepción, así como el nuevo estatus político de la Isla, generó cambios en la simbología. Por ejemplo, la estrella blanca de cinco puntas simboliza Puerto Rico. Su ubicación en un triángulo azul, cumple con lo establecido por la heráldica. Mientras los tres lados del triángulo equilátero representan las tres ramas del gobierno (ejecutivo, legislativo y judicial). Las tres franjas rojas simbolizan la sangre que alimenta las mencionadas ramas; las dos blancas, los derechos del hombre y la libertad del individuo.

El archipiélago de Las Filipinas inició la lucha por su independencia contra el colonialismo español en 1896, para luego seguir trayectoria política parecida a las otras dos colonias antillanas. De hecho, su independencia también se vio obstaculizada con la cesión de su territorio a los Estados Unidos por el Tratado de París, en 1898. Este estatus se prolongó hasta 1935, cuando la

nueva constitución promulgada le otorgó un gobierno autónomo, previo a su creación como república independiente, que sólo alcanzó después de la segunda guerra mundial (1946). La concepción de la bandera de Las Filipinas data de 1898; por la cronología, es la tercera en hacer uso del triángulo equilátero. Éste, de color blanco, ostenta en el centro un sol dorado y en cada uno de sus vértices, una estrella de igual color. El vértice central del triángulo coincide con la línea divisoria de sus dos franjas o bandas horizontales, en rojo y azul, haciéndose presente el tricolor del republicanismo decimonónico. A la de Las Filipinas le siguió la de la República Checa, proclamada en 1918. En un inicio bicolor (roja y blanca), como otras banderas eslavas, buscó desmarcarse de éstas, y retomar la tradición del tricolor republicano. Para su rediseño, se creó una comisión especial integrada por artistas, intelectuales y políticos checos de la época, de donde surgió la propuesta del triángulo equilátero –en este caso, azul– a partir del referente elegido: la cubana. La bandera checa fue definitivamente aprobada el 30 de marzo de 1920. La última bandera de entreguerras con triángulo equilátero, fue la del pueblo palestino, que la adoptó del pabellón de la Legión Árabe, en 1929. La misma consta de tres franjas horizontales: la superior, negra, simboliza los obstáculos que ha tenido que salvar este pueblo para preservar su identidad; la inferior, verde, se identifica con la tierra, y la del centro, blanca, con la unidad. Las tres franjas parten de un triángulo equilátero rojo, símbolo de la sangre y el sacrificio de los palestinos.

Sin embargo, el número mayor de banderas que harán uso del triángulo equilátero conjuntamente con franjas o bandas de los más disímiles tamaños y colores, corresponden a los nuevos Estados del llamado tercer mundo surgidos a partir de la segunda guerra mundial. De estas banderas, las que mejor nos permiten seguir una línea de diseño afín con la cubana, serán las de Jordania

La invitada de la luz

(1946), Sudán (1956), Guinea Ecuatorial (1964), Bahamas (1973), Mozambique (1974), República Árabe Saharaui (1975), Santo Tomé y Príncipe (1975), Djibouti (1977), Zimbabwe (1980), Vanuatu (1980) y Sudáfrica (1996).

Con respecto a la actual enseña nacional sudafricana, esta se concibe a partir de un diseño que, con relativo acierto, incluye tres banderas en una: la holandesa (componente *bóers*), la británica y la del Congreso Nacional Africano. Las dos primeras están representadas por los colores rojo, blanco y azul; la última, por el verde, oro y negro. Esto la convierte en la bandera con una mayor cantidad de colores: seis en total. Los mismos están distribuidos en un esquema de diseño sustentado en un doble triángulo y cuatro franjas horizontales; la central nace de una gran “Y” en posición horizontal, que se superpone a la blanca, entre la roja y la azul. Podría decirse que, con esta fusión de colores y formas, culmina, por el momento, una línea de diseño iniciada por la bandera cubana siglo y medio atrás, y que hace de ésta no sólo nuestra enseña nacional, sino también una de las primeras en adscribirse al selecto grupo de banderas con que hoy puede ufanarse la familia de naciones que constituye la humanidad.

Bibliografía

Barcia, María del Carmen. «Los deportados de las guerras. Cuba 1969-1898», *Chacmool. Cuadernos de trabajo cubano-mexicanos*, Mérida - La Habana, 2004.

Céspedes Quesada, Carlos Manuel de. *Las banderas de Yara y Bayamo*, París, Editorial Le livre libre, 1929.

Chevalier, Jean. *Diccionario de símbolos*, Editorial Herder, 1986.

Diccionario Hispano-Americano, Montaner y Simón Editores, Barcelona, t. 3.

The Encyclopedia Americana, Americana Corporation, 1951, t. 11.

Enciclopedia Británica, Cambridge University Press, 1910, t. 10.

Enciclopedia de México, Ciudad de México, 1987, t. 2.

Gay Calbó, Enrique. *Las banderas, el escudo y el himno de Cuba*, Sociedad Colombista Panamericana, 1956.

Heredia, José María. *Obra poética*, Editorial Letras Cubanas, 2003.

Herren, Ricardo. *Azul celeste y blanco: génesis de la bandera argentina*. Madrid, Cultura Hispánica, 1953.

El Libro de Cuba, La Habana, 1925.

Maceo Verdecia, José. *Bayamo*, Manzanillo, 1936, t. 1.

Martí, José. *Obras Completas*, Editorial Nacional de Cuba, 1965, t. 25.

Morales y Morales, Vidal. «Precursores de la independencia de Cuba», *El Fígaro*, año xv, La Habana, febrero de 1899.

Ponte Domínguez, Franciasco J. *Historia y simbolismo de la bandera cubana*, en Revista de la Biblioteca Nacional José Martí, nro. 4, agosto de 1950.

Portell Vilá, Herminio. *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*. La Habana, 1938-41, t.2.

Portuondo del Prado, Fernando. *Historia de Cuba*, Editorial Minerva, 1953.

Roig de Leuchsenring, Emilio. *Banderas oficiales y revolucionarias de Cuba*, La Habana, 1950.

Sanguily y Arizti, Manuel. *La bandera de Bayamo*, La Habana, 1928.

_____. *La bandera Narciso López*, La Habana, 1950.

Torres Cuevas, Eduardo. *Historia de la masonería cubana. Seis ensayos*. Ediciones Imagen Contemporánea, Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, La Habana, Cuba, 2005.

Varios. *Historia de Cuba*, Editorial Félix Varela, La Habana, 2003. t. 1 y 2.

Vázquez Medina Ángel L. *Un manatí diseñó la bandera de Puerto Rico*. s/f.

*Este libro ha sido impreso por el
Departamento de Ediciones de la
Biblioteca Nacional José Martí en
el mes de septiembre de 2007.*